

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX

San José, Costa Rica

1955

Martes 15 de Febrero

Nº 2

Año 34 — No. 1165



SANDINO

Dibujo de *Islas Allende*

*

En el XXI aniversario de la trágica muerte de SANDINO

Son palabras de *Alberto ORDOÑEZ*
Argüello dichas en la Universidad Nacional de El Salvador.

(En Rep. Amer.)

Damas y caballeros:

Nos convoca esta noche la evocación de una fecha, el drama de una patria y el resplandor de un hombre. De gran significado centroamericano es la cita acordada para conmemorar el XXI aniversario de aquel trágico 21 de febrero de 1934, cuando el tibio regazo de la tierra de Nicaragua se mojó con la sangre de uno de los grandes asesinados de la historia; la del más alto adalid de las libertades americanas en el presente siglo: César Augusto Sandino.

La magnitud de este acto cívico adquiere especial transcendencia al realizarse bajo el añoso alero de la Universidad Nacional de El Salvador, por iniciativa de la directiva estudiantil de la Facultad de Derecho, interpretando el sentimiento de un país donde se yerguen sobre sus cenizas, y en el corazón del pueblo salvadoreño, los espíritus tutelares de Francisco Morazán y Alberto Masferrer. Y con ello da un positivo ejemplo de hermandad centroamericana que no reconoce fronteras políticas ni mezquinos intereses regionales ante los reclamos de nuestro común destino. Hasta podríamos imaginar que esta ilustre Universidad se hubiese transportado, simbólicamente, bajo el cielo estrellado de la noche, a la inolvidable y tempestuosa cima del "Chipotón", allá en la brava geografía de Las Segovias nicaragüenses donde un moderno Pelayo indoamericano inmortalizó su

Covadonga de rebeldía y dignidad, peleando durante siete largos años por la autonomía de su patria.

El cruento drama de Nicaragua parece proyectarse sobre el tiempo como si fuera la historia de una bella princesa infortunada. Dueña del natural tesoro de una codiciada posición interoceánica, Nicaragua ha sido víctima propiciatoria de la ambición y asedio de las grandes potencias desde los lejanos días coloniales. Los piratas ingleses asolan sus puertos y ciudades a través de los siglos XVI, XVII y XVIII, mientras Bentham y Cromwell planean la captura de su preciada faja interoceánica. Y cuando llega a suscitarse, como una consecuencia de la promulgación de la Doctrina Monroe, el tratado anglo-norteamericano Clayton-Bulwer de 1850, ceden las agresiones colonialistas europeas en el Mar Caribe, dando paso a la hegemonía absorbente de los Estados Unidos sobre nuestra América de habla española.

Los dolorosos episodios de penetración y sojuzgamiento vividos en Indoamérica provienen del filibusterismo y el intervencionismo norteamericanos que se inspiran en un concepto imperial de la vida y en la creación de geopolíticas de dominio del fuerte sobre el débil. Esto significa la quiebra de los valores morales democráticos en la tradición estructuradora de los Estados Unidos. Pero también un desastre

político para las relaciones equilibradas entre las dos grandes familias que pueblan nuestro hemisferio. En determinadas zonas continentales se agudizó esta crisis que vino a frenar la acción normadora de los emancipadores americanos de la altura de Washington, Jefferson, Bolívar, Lincoln, Juárez, Morazán, Sarmiento y Martí. Los presidentes de Estados Unidos inauguraron su política de "big-steak" o garrote grueso hacia las naciones vecinas obligadas a convivir sobre el macizo continental. Nicaragua es, indiscutiblemente, en Centroamérica, el país más atropellado. Para su desgracia, el desmembramiento de la unidad federal centroamericana deja a esta pequeña nación a merced de las maquinaciones extranjeras, al extremo de pretenderse la conquista de su territorio para la fundación de un estado esclavista en la cabalidad del concepto. Nicaragua sugiere ser entonces como la Caperucita de los cuentos de Perrault. Toda la historia nicaragüense se podría interpretar como la fuga de Caperucita a través de una oscura selva llena de peligrosas alimañas, perseguida por el lobo que se disfraza, a veces, con la cofia y la "toilette" de una buena y respetable abuela. Lo cierto es que la tragedia de Nicaragua sería capaz de conmover a los nuevos Eurípides y Esquilos de nuestra edad atómica al reflejar sobre su rostro de mártir doncella la crisis de todo un mundo. Y porque un día le nació un Sandino dispuesto a vengar sus afrentas, un mestizo San Jorge de machete redentor, el contubernio político fraguado por los intereses extranjeros y la falacia criolla planeó su asesinato. Pero he aquí, sin embargo, que la dramática muerte del general Sandino agiganta su estatura de prócer. Hoy se mira su gesta liberadora como un pasaje arrancado de las páginas de La Ilíada, remontando su vuelo de cóndor desde la sangre del holocausto.

"*Nec mortale sonans...*" Así señala el verso de Virgilio a los hombres que hablan con espíritu de profecía. Y es de toda evidencia que Sandino fué instrumento providencial del Dios de las Naciones para expresar la voluntad de un pueblo y la verdadera orientación de su destino. Sandino era fé, voluntad, justicia y soberanía. Por eso su epopeya librada en un país pequeño, junto al romance lacustre de la princesa doliente de sus sueños, adquiere proporciones quijotescas y repercusión universal. "Capitán Sandino", lo llama Romain Rolland, viendo en él un Juan Cristóbal de sombrero tejano y pistolas. "General de los hombres libres", clama en una espístola la autoridad espiritual de Barbusse. La venerable figura de Mahatma Gandhi llora ante la noticia de su muerte.

Sandino representa el más vigoroso mensaje de nuestra raza y los pueblos indoamericanos comprenden su gesta como el movimiento precursor de un nuevo estado de conciencia cívica y política. Por otra parte, el caso de Sandino hubo de significar un factor decisivo en la estructuración de la política de Buenavercindad, creada por Franklin Roosevelt. El hondo

sentido indoamericano del ideal sandinista preserva su desarrollo de toda influencia dañina en el orden ideológico, fijando su clara posición vernácula que desafía a los imperialismos de izquierda o derecha, y cuanta maniobra sofisticada trate de encubrir a los mercaderes que trafican a espaldas de la tradición moral que nos legaron los próceres americanos.

En la hora actual de América, la exaltación de Sandino constituye un acto honrado de perfecto civismo que excluye cualquier criterio o actitud xenófobos inspirados en el complejo del resentimiento rencoroso. Si Sandino luchó contra la marinería estadounidense que hollaba la soberanía de su patria, tuvo, sin embargo, en el preciso instante de su rotunda victoria moral la ecuanimidad de declarar a un corresponsal de prensa de los Estados Unidos que se consideraba amigo del noble pueblo norteamericano, deslindando el campo de un entendimiento digno y los objetivos impostergables de su lucha.

Debemos, pues, afirmarnos los centroamericanos en los ejemplos de los arquetipos normadores de nuestra futura nacionalidad común. Estamos, viniendo de ayer y yendo hacia mañana, frente a un cruce de rutas en el destino terrígeno del hombre. Jamás la historia de la humanidad puso en tan precaria balanza la cósmica pugna entre las fuerzas del Bien y del Mal. Es de rigor que decidamos acuartelarnos en la ejemplaridad de los grandes guías surgidos para modelar el alma de Centroamérica e impulsar la cruzada de sus mejores hijos. En Sandino tenemos nuestro David capaz de enfrentarse con Goliath a la hora de defender el más sagrado de los patrimonios.

Permitidme, señoras y señores, que encienda nuevamente en esta noche de aniversario el cirio maravilloso de su nombre. ¡Viva Sandino!

Tríptico centroamericano al General SANDINO

(En Rep. Amer.)

La muerte murió, no él
Shelley: Adonais.

— I —

*Padre del mar, esposo de la pena,
hijo del árbol y la alondra pura,
hermano de la tarde y de la vena
de libertad que mueve tu figura.*

*Capitán del maíz y de la avena,
dueño del rifle y de la sepultura,
tu espíritu se riega en la serena
alma del hombre que antes era oscura.*

*Se abre tu voz fragante y sensitiva
hiriendo con su filo que conmueve
la soledad estática y cautiva.*

*Y al embrujo vocal de tu garganta
entre la blanca ausencia de la nieve
un pueblo americano se levanta.*

— II —

*Héroe del continente y de la espina,
Adán sin paraíso y sin manzano.
Varón de la nostalgia campesina
que liberó los aires con su mano.*

*Príncipe de la selva y la neblina,
soldado que vestido de paisano
inventó la bandera que ilumina
el corazón del hombre americano.*

*Caballero del sable y del madero,
que al mando de fugaz cabalgadura
dió libertad al viento prisionero.*

*Istmania hecha de estrellas navegantes
deja caer su luz en tu figura
y condecora tu alma de diamantes.*

— III —

*Tu corazón nos sirve de alimento
pues es la roja flor de los cereales
y bebemos tu sangre y sentimiento
en el raro sabor de los metales.*

*Tus manos nos entregan el sustento
de frutos y manzanas musicales,
y se abre tu heroísmo y sufrimiento
entre el blanco maíz y los nopales.*

*Tu espada aguarda entre la niebla fría
pues siguen los colonos y la pena
viviendo en nuestra verde geografía*

*Y como sé que permaneces vivo
en el pueblo y la América morena
tomo la pluma y en papel te escribo.*

Oscar ACOSTA.

Tegucigalpa, Honduras, 1952.

De paso

El título es de Emerson

(En Rep. Amer.)

En la Revista ATENEA de la Universidad de Concepción (Chile), Marzo de 1954, en la conferencia "¿Fue propósito de Cervantes, satirizar en el Quijote los libros de caballería?", de Fernando Santiván, se lee:

El Caballero de la Mancha, con locura o sin ella, es la imagen de pasta espiritual más rica que sea posible concebir por cerebro humano. Nunca se ha presentado en la escena literaria novelesca un personaje de intenciones tan absolutamente limpias, nobles y elevadas. Jamás cayó en un renuncio. Ni después de los tremendos descalabros a que lo llevó su insania, tuvo gesto de rencor, de odio, de baja venganza; ni menos renegó de Dios, de su credo caballeresco; ni de sus amores y amistades. Don Quijote es de una pieza. Si sus confusiones y ridículos aterrizajes nos mueven a risa, junto con la carcajada que aflora a los labios, sentimos de inmediato el impulso reparador de consolarlo piadosamente, como lo haríamos con un niño cómicamente estropeado. ¿Es manera de ridiculizar la caballería andante hacer que,

después del conocimiento íntimo de don Quijote, émulo y caricatura de fabulosos caballeros, deseemos parecernos a él en sus nobles cualidades, como quisiéramos asemejarnos, aunque fuese en parodia y a inmensurable distancia, al Cristo coronado de espinas y becado por fariseos y muchedumbres ignaras?

Si el *Quijote* fué el resultado de lecturas de caballería, podríamos conjeturar que sería beneficioso para nuestros niños que se pusieran bajo su vista tales libros, para crear en sus almas predispuestas a la bondad, la sublime llama del idealismo y del desinteresado sacrificio.

¿Pudo Cervantes pensar que su personaje destruiría para siempre el hechizo de los libros inverosímiles de andantes caballeros? ¿Pudo alimentar la intención de ridiculizar la fábula de Roldán y los doce pares de Francia? ¿Es posible que deseara reducir a cenizas la figura legendaria de Ricardo Corazón de León y de los Caballeros de la Tabla Redonda? ¿Qué dijéramos de un autor moderno que pretendiese destruir implacablemente el maravilloso tapiz oriental de las *Mil y una noches*?

* *

Nos gustan los libros de Enrique Espinoza; piensa bien y habla claro. Los recomendamos. A la vista uno de ellos: Conciencia Histórica. Babel. Colección Tajamar. Santiago de Chile, 1952. Abramos la página 181 y leamos:

El escritor que tras muchos años de convivencia con una idea, de la que incluso ha tenido hijos (libros), rompe con ella y se divorcia para difamarla urbi et orbi, recuerda demasiado al eterno marido que refiere, a quien se le pone a tiro, las incidencias domésticas de su desdicha.

Desde luego es absurdo exigirle a un literato cualquiera un ideario marxista ortodoxo porque un día tuvo la corazonada de enarbolar el verbo de la revolución socialista; pero no es menos absurdo aplaudirlo cuando ataca o quema lo que ayer adoró. Más de uno lo hace, sin embargo, a nuestra vera, siguiendo la moda o persiguiendo el éxito, pagado de sí mismo en el mejor de los casos. En el peor, el Estado no deja de arrojarle al plumífero que se desvela por su gloria un hueso de médula o caracú en forma de jubilación. Es lo que Fray Mocho ha motejado entre nosotros de *patriotismo y caldo gordo*: "¡No hay caldo más sustancioso que el que toman los patriotas!" Sobre todo, los patriotas antimarxistas, hay que decir ahora.

La enorme publicidad que la prensa rica de ambos hemisferios confiere siempre a cualquier diatriba contra Marx, por mediocre que sea su estilo, acrecienta de año en año el número de los sedicentes teóricos socialistas que abjuran de sus errores (*). Hay toda una gama en ese sentido, que va desde un arrimo vergonzante al caudillo de turno hasta la desfachatez absoluta de alabar las virtudes de su mujer, pasando por lo que se ha dado en llamar crisis místicas, conciliables ni qué decir con la obtención de ventajas materiales.

El refugio en Dios y el Estado trae siempre alguna ganancia. Y no sólo íntima, espiritual, celeste, sino inmediata, pública, descomtable. La vuelta de chaqueta comprende a corto plazo desde un empleo burocrático en el municipio nativo hasta una canongía en la diplomacia peregrina.

¿Quién no sabe del éxito más o menos resonante de algún jesuítico "Anti-Marx" en su propio idioma y país? El arquetipo es quizá el libro del ex socialista belga Henri de Man: "Más allá del marxismo".

(*) "Cualquier profesión de fe pública anteriormente mantenida es considerada como un extravío de juventud, o en el mejor de los casos, como un plan visionario de perfección inalcanzable. Se ataca la idea misma de continuidad de pensamiento. La conveniencia de los intereses del día es la que provee de principios para lograr satisfacerlos.—Edmund Burke.



¿Es preciso recordar cómo terminó este ilustre renegado al servicio de su regio generalísimo?

Cuando se compara la vida heroica de un Mariátegui, acosado por la policía de Lima (como el propio Marx por la de Bruselas) mientras perguenaba en su sillón de inválido los recios capítulos de su "Defensa del Marxismo", con la vida regalada y segura de los amanuenses que hoy reniegan de algo que nunca entró en sus cabezas, uno no puede menos que inclinarse ante Mariátegui y preferirlo también como pensador y como crítico.

Dr. E. GARCIA CARRILLO

Especialista en enfermedades
Cardio-Vasculares (Registro
del Colegio de Médicos)
Metabolismo Basal
Várices
175 varas al sur de Plaza de
Artilería

Letras mexicanas

Colaboración de Carlos JINESTA

(En Rep. Amer.)

Hace un tercio de siglo,—después de los escritos de sor Juana Inés de la Cruz y fray Miguel de Guevara—llegaban a Sudamérica las primicias del pensamiento de México, preferentemente, de bardos de la talla de Manuel José Othón—el Aquilco Echeverría de mi tierra—que con sus odas despertaba en la juventud el más bravo entusiasmo; de Díaz Mirón, alto de ingenio y rico de soles e ideas; de una tierna sensibilidad, el Duque Job, trovador que tenía muchos y muy logrados hallazgos artísticos; de estrofas vibradoras, Luis G. Urbina, que no empleaba vocablos plebeyos sino de gente de corte; en las misas del corazón, los pálidos cirios de Nervo; de Ramón López Velarde, en escenas de provincia salpicadas de misticismo y color lugareño, en formas nuevas vestidas de originalidad; y la entera y cumplida labor de Enrique González Martínez.

Cada cual pintaba a su manera; cada quién seguía sus propias rutas en busca de la belleza, el mensaje de su esperanza y la ofrenda de su ensueño. Estos cinceladores del verso, ahondaban las letras de los pueblos mayores; andaban a caza del conocimiento de la producción literaria de la antigüedad y de su tiempo. Algunos se complacieron con el estilo, los moldes y finuras de la literatura francesa; otros especularon en las minas mentales de Inglaterra, sólida de pensamiento. Este gustó de la imaginación constructora de Alemania y su austera

filosofía; ése del espíritu picaresco de España, que es el donaire de su pueblo y el sello de su raza; aquél de la nación italiana que si extrae de su suelo pentélicos, carraras y paros para perpetuar el perfeccionamiento del cuerpo humano, también en sus poemas perdura el genio de la vida. Del monte de libros yanquis, tal vez se nutrieron poco; el gran país banquero, si a decir verdad cuenta con tres beneméritas voces—he nombrado a Whitman, Allan Poe y el fuerte Emerson—siempre ha sido pobre en ruiseñores.

Y tal acopio de cultura, andando los días sirvió para fijar rumbo a la poesía mexicana, en una concepción galana y nueva, con jugos de América, conforme a su origen, las entrañas de su Historia y la sangre de su Naturaleza.

De estos siete cerebros representativos de una era de emoción y arte, alcancé a conocer en tierra de Juárez a González Martínez, ya con el peso de los ochenta años, que aún no bastaban a mermar los fuegos de su inspiración ni la robustez de su sabiduría.

Los hombres se distribuyen en la tierra en diversos quehaceres. El mundo necesita acción, variada tarea, múltiples ejercicios que pide la vida. El taller permanece poblado de varones ocupados en obras de renuevo, peleando con el acero, avivando la fragua, en alto el mazo que golpea lingotes contra el yunque; los músculos doblan su fuerza, se ensan-

cha el pecho, las venas resultan henchidas de sangre y gozosas de energía. En las fábricas la ciudad publica el empuje de su industria, bullen en ellas operarios activos, brindándole poder a un conglomerado humano que desea mesa para todos, escuela para sus hijos, salud y techo. Otros ciudadanos se dedican al comercio, tan complejo y largo en recompensa para los que son tenaces y desconocen, el cansancio. De las universidades salen filas de profesionales; atentos al llamado de su vocación, profundizan la ciencia del derecho, de la medicina y la ingeniería, y llevan al cabo su misión de trabajo al servicio de la Humanidad.

¿Ese orfebre?: cincela una vajilla de plata. ¿Aquel carpintero?: modela con destreza cunas de palisandro. ¡Todos a todo! Hace la casa el arquitecto, el astrónomo pregunta al cielo, el juez interpreta la ley. El maestro da la lección, el contabilista asienta las partidas. Señores de la banca, guardadores del orden público, los que pilotan aviones, el obrero que decora un muro y el mozo que en la huerta va con la mano tinta de mora, desempeñan su cometido.

Unos, durante la noche, meditan de codos en la mesa de estudio; otros, a la luz fresca de la mañana, levantan un muelle sobre la playa y mar. Mas allá, en campos abiertos y bañados de chorros solares, el agricultor recorre la sementera, riega semilleros, acarrea maíz en mazorca y cebada sin descascarillar o limpia el rastrojo: hay palas, picos, carretas, tractores y rastrillos. En la hacienda están el potro que paga la postura con trabajo y el buey que gana su comida; por ahí anda la vaca que da la buena leche; los tres, hechos de conformidad.

La agricultura es el poder real de los

pueblos: rinde independencia, llena los graneros del país, maciza el cuerpo, conforta el ánimo y alegra las horas de la vida. El trabajo es llave y levadura de la riqueza. En la gran labor común de los humanos, se hallan el pensador que atisba los problemas sociales, el comediante que traslada a las tablas las costumbres de su tiempo; todas las voluntades, en fin, que componen la especie humana. Y allí tiene su lugar el poeta, heraldo azul que dice cosas de amor, de cielo y de patria...; y combate a los malvados. Walt Whitman, en dos líneas trazó el significado del poeta: "Mi yo no está contenido por completo entre mis zapatos y mi sombrero".

Interesa saber cuántos pesos gana el poeta con sus producciones. El pintor vende sus óleos y acuarelas, cierto es que por poco precio; el escultor, sus terracotas; cobra por sus valeses el músico; como contribución, a cualquier hora del día caen ochavos en la bolsa del cantante; el sacerdote ordinariamente percibe el óbolo de sus feligreses; y a cambio de buen dinero el dibujante traza las figuras de su ingenio. El periodista, pescador de noticias, cuenta con un sueldo; el novelador recibe el importe de sus volúmenes; ni más ni menos. El poeta, ni un centavo: su trabajo es de balde. La burguesía le abandona o ve con desvío. Es el pulpo contra el ala. Sólo la gloria le remunera cuando su labor es fecunda o el genio le custodia. Entonces la justicia prende laureles a sus sienes; pero ya tarde; en la almohada de la tierra!

En la hora actual, el mayor número de los vates, en el medio mexicano, es de brioso aliento. Alfonso Reyes, intelecto de excepción, compone nítidos versos en un florecimiento de luz y armonía; pero para mi gusto su fuerza está en la prosa, en la realeza de la buena lengua. Torres Bodet, dotado del don del canto, labra sonetos fáciles, llanos y llenos; tiene manera y seso, arte y sabiduría. Escritos con cuidado, en poemas sonantes José Gorostiza hace gala de neutralidad y fibra; si mi memoria no yerra, ha publicado únicamente un volumen, y por la excelencia de éste se espera conocer nuevas páginas. Francisco Castillo Nájera, de cuando en cuando suspende sus estudios cotidianos y en catorce estrofas exprime con maestría una dulce inquietud.

El historiador y arqueólogo Carlos Pellicer, combate a opresores y verdugos y estampa encanto a sus romances y poemas con palabras laureadas de alma. Andino es un artífice de la poesía y dice mucho en pocas palabras. Alfonso Junco —aquí el arte pasa de padre a hijo— ineficiente en sus finos versos, gusta del arreo de oros y del manto blanco; en Junco el alba sale de noble color. Novo, ejemplo de voluntad. Muñoz Cota, es musical en sus rimas: a veces parece que entra en la sombra y vuelve ataviado de claridad. Satisfacen las producciones de todos estos trovadores que guardan las reglas de la poética, y si alguno rompe las normas del metro, lo hace por ensayo, por curiosidad, y nada más.

Bien sé que hay más portadores de la lira que van ganando crédito: sin embargo, en estos apuntamientos hablo principalmente de mis preferencias. Es innega-

ble que adelanta un grupo de frescas promesas, jóvenes que buscan una vía y des-
embozan sus empeños estéticos.

Del conjunto de esta obra poética, respetando el parecer de los hombres de pluma, a mí me contentan sobre todo los motivos americanos, los acentos criollos, lo que pincela en marzo paisajes y luces de nuestro Continente, la gracia floral donde chispea el guacamayo y pulsa su arpa la chorchica; lo que trae en cantarillos la savia de los árboles de América, sus fuerzas naturales y el espíritu desbordado y épico de nuestras tierras. Cosas que conocieron y estudiaron Humboldt y Darwin para noticia de científicos y artistas. A fin de no defraudar al universo, el hombre debe vivir los impulsos constructores de la Naturaleza que le envuelve, penetrarla y sentirla profundamente. Nuestros rimadores deben darnos de preferencia sonos autóctonos. Creador y profeta, tu musa que sea americana; que ella conozca la placidez de la pampa, el potente acorde del Tequendama, el señorío del Momotombo; musa nacida entre orquídeas, discorra por la cordillera de los Andes, regale su paladar con hidromiel y no desdeñe los americanismos que enriquecen el lenguaje. Arte de nacionalidad indiana que se empape de transpiraciones tórridas. No de París, esa flor de capitales; no de Londres, cargado de brumas: lleno de personas que rumian recuerdos en su vivienda de ladrillo, cerca de la chimenea, con la pipa en los labios, teniendo ante sí la llamada confortativa del whisky. No de Berlín, ciudad de fachadas de hierro y huellas oleosas en donde crecen los tilos inclinados sobre el Rhin, sumido en silencios. Ciertamente el arte de París, Londres y Berlín es el genio de pueblos maduros y primeros, característico de un sector del planeta. Y América aspira a eternizar —pura y desnuda— la expresión de su espiritualidad. Bien, aedo de América, el licor de nuestros frutos tomado en jarro de roble o en vaso hecho de granadilla, para dar al mundo lo propio; si es simple, es destilado y añejado en nuestra casa, y si pobre, tiene el sabor de nuestra vida.

En estos años, de los mejores poetas de México, el que explora la veta ver-

AMERICAS

Revista mensual ilustrada

Arte, Historia, Filosofía,

Deportes, Turismo... lo más

importante de los países

Americanos.

De venta en los puestos principales en la Moneda Nacional de cada país.

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

San José, Costa Rica
Apartado 2352

nácula, es Luciano Kubli. Ha dado a la estampa varios libros entre los que se destacan el Papaloapan, Cuauhtémoc y Paloma al Hombro. He leído breves composiciones de la misma tendencia, que este autor piensa publicar en su libro por venir.

Sus poemas brotan espontáneos, pintados de galanura; y buen aire infla las velas de su emoción. Su imagen es de valer: la halla íntegra y total en los elementos de su país. Tiene el advervio justo, el verbo exacto; los adjetivos quedan firmes y vibrantes como arpones. Absorbe fuerzas nuevas en la amazónica corriente en donde el viento patina sobre las aguas, fuerzas en que están latentes principios vitales de la raza atlética que da hombres de la estatura de Hidalgo.

Sincero y personal, son suyos forma y concepto. ¡Y los premios de Xochipilli!

México, D. F., Mayo 31-1954.

Veinte años después

Por Fedro Guillén

Del libro *Guatemala* (Genio y Figura) Guatemala, C. A. 1954

Recuerdo lúcidamente aquella madrugada del 16 de julio de 1933. Mientras jugaba una partida de ajedrez con el rector General mexicano don Salvador Guillén ajeno al clima de presagios que rondaba por cuartos de la casa llena de buenas personas que algo esperaban, la muerte iba también, minuto a minuto, disponiendo sus jugadas. Entre dos y tres de la mañana la vieja criada que llevaba lustros con nosotros se acercó llorosa. Volví a verla extrañado y me dió la mala nueva que sólo se escucha una vez en la vida: "vaya a ver a su papá que se está muriendo".

Detuve el movimiento de mi mano presta a empujar un caballo sobre la posición del General —que no había oído

nada acaso por sus 80 años— y corrí a la recámara. Mi padre expiraba apaciblemente, había sido vencido en unas cuantas horas: como se pierde ante los maestros. El doctor vigilaba atento, conmovido, y lo ví tomar un espejo y acercarlo al rostro de quien parecía haber alcanzado la fúnebre barca.

Yo no lloraba. Dialogaba con Dios con todas mis fuerzas, como quien se siente aplastado por enemigos amorfos, superiores. Le pedía en silencio vida para mi padre yacente, en medio de terrible confusión aumentada por la sorpresa. Era la primera vez que tenía delante a la incomprendible capitana que ordena, dispone el itinerario del último viaje.

Al rato ya la muerte lo empapaba to-

do. Era su voz la de crepitantes cirios; sus emisarios, los fríos agentes de pompas fúnebres; su tarjeta de visita una mariposa negra asomada de otros mundos con sus grandes alas y su patética belleza. Hasta la oscura ropa de visitantes y la fragancia de las primeras coronas olían a eso: a muerte. No digamos el vibrátil, apagado murmullo de los rezos.

Apenas amanecía cuando tuve que andar con mi hermano las calles —como sonámbulo. Diligencias también mortuorias. Las macizas puertas de los templos eran abiertas por sacristanes medio dormidos y la frescura de toques matinales se adhería a mi angustia con obstinado ímpetu. Hasta el tranquilo discurrir de un panadero trepado en vetusto vehículo, anunciándose con golpes de trompeta, me parecía nuevo. Como todos los anegados en algún trance fatal pensaba si a los madrugadores viandantes les habría pasado algo parecido: la muerte repentina de un ser amado. Estaba, ante las primeras luces de aquel lejano domingo de julio, en el umbral del más amargo de los días, del más tristemente inolvidable.

A media mañana volví de nuevo a la recámara. Habían volado los libros apilados en inmortal desorden, los instrumentos de Física con que se daba a diarios experimentos, el hermoso escritorio donde por las tardes solía escribir, siempre a mano. De todo lo que había venido rodeándolo en los últimos años sólo quedaba una solitaria herradura prendida en la pared, esas oxidadas herraduras que en otra era abundaban a mitad de calles empedradas. Mi padre siempre las recogía ignorando por qué. Tal vez por aquello de que acarrear buena suerte, misterio atractivo para su incorregible, vicioso optimismo.

Me acerqué al ataúd y vi su rostro por última vez. No entendía no podía entender qué obtusa relación había entre la alegría de la vida y la miseria desolada de la muerte; qué absurda transfiguración paralizaba tanta energía, tanta bondad. Algo de la suprema armonía cósmica, de la inefable música pitagórica había cesado si el ser amado de ayer, el hombre recio lleno de compasión humana, amigo de los humildes, gambusino de la verdad, era hoy otro ser distinto, inmóvil, ajeno, distante de la tierra años luz. Y todo acaecido sin aviso, alevemente. Y ni la más leve hendedura por donde espiar el misterio de aquel súbito sueño, el paso de la frontera inasible.

Mi rebeldía ante el despojo del padre —querido y admirado—, la conciencia cruel de futura orfandad —cuando hacía más falta su presencia—, se sublevaban ante simples lamentaciones caídas a mi alrededor, o ante palmaditas de consuelo, o frases hechas y dichas con sacramental rutina. Desde entonces comprendía que a la muerte hay que recibirla con amoroso respeto —como a una imostergable salvación—, o con la más justa de las rabias. Sin embargo nos inducen a lo otro, a la resignación pacífica, impotente, actitud que saca lágrimas candentes en los ojos y estrangula de dolor las gargantas.

Toda la miriada de detalles de ese remoto 16 de julio me quedaron indelebiles, marcados como escudos que se hacen, a costa de sangre, los hombres de

mar. Aún hoy el olor de un tinte con que volvimos negros los zapatos me retrae al asfixiante orbe de rezos, cirios, llantos, a toda esa cauda de lutos ceremoniosos y gentes simples que en vez de palabras vigorosas hurden más a los deudos en el oscuro pozo donde han caído.

Y si la familia ha quedado en las cuatro esquinas —sin herencias metálicas—, ni seguros, ni parientes potentados, proliferan los consejos en voz baja y los cóncaves a puerta cerrada, de uno de los cuales iba a ir a dar a una academia militar. Algún ángel caritativo interpuso sus generosas alas para que ello no sucediera.

Mi madre, cuya cuna distinguida no le quitó valor ante la vida, se enfrentó a los hechos. Sorteó dificultades entregada al trabajo fecundo que huelló sus manos. Siempre fiel al recuerdo, al ideario de quien había sido para ella no sólo compañero, sino un poco maestro. Años después pudo ver satisfecha a varios de sus hijos con títulos profesionales y hasta su por mí añorado rincón de México deseó enviar, en la luctuosa efemérides, una cálida, filial palabra de reconocimiento.

Lo demás todos lo saben. Mi padre sentó plaza en Guatemala y la cátedra, el periódico, la tribuna, los amigos, los menesterosos, algo recibieron de él. Había venido desterrado cuando el repugnante Victoriano Huerta asesinó al gran Madero y ni un sólo día olvidó a su, a nuestro México. Lo llevaba entrañablemente consigo y jamás dejó lanza por



Esta es la columna miliaria del Rep. Amer. En ella inscribimos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. ¡Ricos de espíritu fueron!

romper si la dignidad o la verdad de la patria lo requirieran.

Se fué quedando acá, imantado por una tierra bruja, ancha de puro hospitalaria, bella como pocas. Y hace ya cuatro lustros que reposa entre muchos de sus coetáneos, mezclado amorosamente con la espléndida tierra de Guatemala.

Nueva Guatemala, 1953.



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Cartas al maestro Sobre "Literatura Infantil"

Por ANTONIORROBLES

(En *Maestro Mexicano*, México, D. F., Diciembre de 1954).

MI AMIGO Y MAESTRO

No pienses que estas cartas van a valer por objeto desarrollar un estudio histórico del cuento infantil, una enumeración de cuentos en que se comenten sus méritos literarios; no. Acaso sean muchos los niños que conocen más cuentos que yo, además de que se los han hecho repetir diversas veces por sus padres o abuelos, para sentir la caricia del relato una y mil veces más.

Estas consideraciones nuestro y amigo, no van a decirnos de modo terminante si los cuentos son buenos o malos. Ese "sí" o ese "no" contundentes están bien para las votaciones en una Cámara de Diputados, o para decir si ha sido o no "gol" el tiro de un futbolista. Pero eso no nos puede valer para los cuentos infantiles, en este momento en que se trata de incluirlos en la educación pues siempre tienen algo de valer que los ha sostenido volando siglo tras siglo, pero que también traen monstruosidades que hay que cortar; por manera que hemos de estudiar en cada uno de sus detalles, para sacar de ellos el comentario de

una nueva moral al servicio de la nueva educación, o viceversa.

POLIEDRO LITERARIO

Con irónica y atrevida frase puede casi afirmarse que los cuentos infantiles se han inventado antes que los niños. ¿Es porque Adán y Eva se contaran cuentos de niños en el paraíso, antes de que naciesen sus pequeños? No. Más bien porque la mayoría de los cuentos refirieron antes a los adultos: y sólo cuando éstos fueron despreciando a los dragones, a las hadas, a los príncipes y a las misteriosas metamorfosis, han pasado a los niños. Y hay otra razón: la de que al niño casi se le ha empezado a considerar, globalmente—no me refiero al hogar,—pongamos que desde el siglo XIX; cuando llevaban los autores veinticinco siglos escribiendo lo que después ha pasado a la infancia.

Mi misión va a ser fiscalizar a grandes rasgos, y quizá un poco en desorden, algo de lo que han producido esos veinticinco siglos, como si cada cuento fuese un polie-

dro del que hay que estudiar cada una de sus caras; y así, ofrecer con cada cara un comentario.

INGERENCIA PEDANTE

Ahora bien, no pensemos que en esas caras vamos a encontrar siempre—en sus defectos,—el microbio morboso de la guerra o del crimen. También encontraremos el de la pedantería, entre otros; gestos pedantes en los que el autor se divierte a sí mismo y se divierte con los demás adultos, poniéndose a más altura que el niño. He aquí, en seguida que se busque, un ejemplo recogido del último cuento que llegó a mis manos; en él se les dice a los niños: "Si hubiérais tenido la suerte de conocer a Chanito (en sociedad Salustiano Vallealegre); si hubiérais tenido la suerte de conocerle, vuelvo a decir, según costumbre de todo escritor que se respeta"...

Pues qué, esta broma ¿no es una broma de adulto de la que el niño no goza absolutamente nada, porque se han olvidado de él? Líneas antipáticas: broma de adultos para adultos, entretenimiento del escritor que no sirve para nada a los chiquillos.

Contra la pedantería, contra lo morboso, contra lo que resulte excesivamente sutil e inútil, contra la inclinación hacia pasiones particulares, nuestras cartas pueden hacer una labor de cierta conveniencia escolar, pese a que, ni soy pedagogo, ni me atrevo a tener la menor ingerencia pedagógica. Nuestra labor, mi querido amigo y maestro, puede ser como la gota de agua que va taladrando la piedra.

EL EJEMPLO DE ANDERSEN

Surge en seguida el nombre de Andersen. Yo no sé si será porque me considero obligado a ser exigente, como en la vanguardia de nuestra labor; pero, desde luego, mi criterio es el de que Hans Christian Andersen no escribió siempre pensando en la infancia. Claro está que semejante negación, no por él, sino por el niño, se ha de explicar en dos partes: porque me parece que no siempre pensaba en los niños, y por qué ha sido, es y será el escritor que, aunque no en toda la obra, se considera más fino para los niños.

El romanticismo del pasado siglo le es coetáneo desde el año cinco al 75; y, efec-

tivamente, su literatura suele poseer una dulzura triste, característica de ese tiempo. Desde luego su infancia fué una infancia sin alegrías; no se advierte una base firme sobre la que sentar una obra infantilista sana; por lo contrario, hay en ella una ternura más bien ñoña, que tiende hacia el dolor más o menos filosófico de los adultos; ni siquiera al sentimentalismo simple y tierno del niño. Se diría que él fué un muchacho que aspiraba a ser un triste; según se cuenta, la madre ha de rogar a los profesores que le reprendan. Andersen, bajo un cielo casi siempre de nubes macizas, recibe una educación que, si bien le aleja del niño vulgar, es, sin embargo, el pedestal para la gloria de su fina literatura.

ANDERSEN DIFUSO

No se me olvida que, habiendo entrado una persona, ya de edad, en el despacho en que estudiábamos la obra de este escritor de los niños, dijo, añorando:

—¡Andersen! Recuerdo que en casa también teníamos un libro suyo que me encantaba... Había un cuento de unas sombras... Y el caso es que, a decir verdad, yo creo que no lo entendía bien...

Esto es lo que ha pasado con la infancia y lo que estamos obligados a ir evitando. Ese comentario es un ejemplo de que se recuerda el nombre mezclado con las felices evocaciones de la infancia, por eso creemos que nos encantaba; pero es en el recuerdo. Sin embargo, Andersen, con esos relatos que a veces no están claros para el niño, acaso podría hacernos felices a los adultos, si no fuera que, como nos consideramos superiores, no aceptamos los encantamientos; lo cual resulta consecuentemente de nuestra pedantería, pero conste que con magias, con animales o muñecos que hablan, con tijeras o flores que se mueven, se puede hacer una literatura tan mentirosa, pero tan bella y tan apasionada como la que a veces está en uso para los poemas de los grandes.

Es, sin duda, la pedantería, una de las características que más daño han hecho para la formación de la literatura infantil.

Y eso será, mi amigo y maestro, con otros muchos, uno de los temas que hemos de tratar a lo largo de estas cartas.

¿Deshumanizar el arte?

Escribe el Prof. Camilo C. MANDELLI

(En Rep. Amer.)

No es un misterio para nadie que el arte tiene su fuente primordial e inmensa en la naturaleza humana, o más claro, en las condiciones permanentes y universales de la humanidad.

El hombre está dotado de una chispa de libertad y de poder creador.

Las ideas divinas preceden a las cosas, las crean. Por eso, para encontrar alguna analogía aquí en la tierra, los teólogos las comparan con las ideas del artista.

Según Santo Tomás, el artista se aproxima a Dios y trata de emularlo, renovando en el arte, en su arte, la perfección de las formas creadas por el Divino artífice.

Dios es el acto puro. Crea las cosas al pensarlas, y las crea ex-nihilo, de la nada. Para el artista rige otra proposición. Esta: ex nihilo nihil. Nada produce de la nada. El artista en el hombre ya es una crea-

ción de Dios.

Cada cual busca en el arte algo de sí mismo, una resonancia más o menos fiel de su yo humano. Por eso confiesa Anatole France en "El Jardín de Epicuro": "Busco al hombre, y sólo al hombre en el artista". No se vibra sino cuando se siente y jamás sentiremos nada que esté más allá de nosotros mismos.

Los elementos humanos dominaban y seguirán dominando en toda la producción realmente artística.

El arte que esto olvida, el que en esa fuente no se anega sin término, reniega de su origen y renuncia a su alto destino, para reducirse a un arte excéntrico o transitorio, a un ingenioso artificio.

Los esfuerzos que en este sentido se realicen, nunca podrán substraer del arte los elementos humanos.

Si quiere suscribirse al
"REPERTORIO AMERICANO"

dirijase a

F. W. FAXON C^o

Subscription Agents

83-91 Francis Str.

Back Bay

Boston, Mas., U. S. A.

Cuando el hombre, respondiendo a impulsos inferiores, es infiel a su propio ideal; cuando es infiel a su auténtico destino, cuando incurre en un acto que no sirve para acercarlo al ser que él quisiera ser, comete lo que se llama "pecado".

Pecar es realizar un acto cuya finalidad es contraria a la ética, o sea a la consecución del ideal que alienta en cada uno de nosotros, desde nuestra juventud hasta nuestra vejez.

El arte está en posesión de todo lo que tiene valor, pero que nosotros podemos contemplar directamente de la Naturaleza; y lo que nosotros pedimos al arte es fijar lo que está flotante, esclarecer lo incomprendible, dar un cuerpo a lo que no tiene medida, inmortalizar las cosas que no son duraderas, entrever en una rápida ojeada la sombra fugitiva de una emoción, las líneas imperfectas de un pensamiento que se desvanece; todo lo que es un reflejo sobre los trazos del hombre y en todo el universo. Todo esto es infinito, maravilloso y encierra el soplo potente que el hombre puede sentir sin comprender y amarlo sin saberlo definir.

Rodín y Bourdelle ¿qué proclaman, el uno como el otro? Ellos no hacen sino invocar la Madre Naturaleza como fuente de toda inspiración, y han probado, con sus remarcables realizaciones, que se puede hacer obra novedosa, profunda, emotiva y significativa, con sólo contemplar devota y amorosamente lo que está al alcance de nuestra vista, y que aún hoy podemos utilizar muchos principios que en el curso de los siglos sentaron otros hombres, imbuídos del mismo amor y de la misma fe.

Esta frase de Delacroix viene a propósito: "La naturaleza no es más que un diccionario en el que cada uno elige sus propias palabras."

Los empeños de deshumanizar el arte, por consiguiente, son imposibles.

Sólo como tendencia, como insinuación renovadora, como anhelo de superación, hemos de reconocer que son atendibles cualesquiera de los estilos modernos.

Por oculto que esté, por algebráico o superjeroglífico en que se traduzca o se disfraze el contenido humano de la obra de arte, nunca dejará de contener o de evocar alguna forma, alguna percepción, alguna relación con lo natural o humano; por lo menos, nunca dejará de sugerir en la frente o en la sensibilidad del espectador alguna impresión, alguna emoción,—atractiva o repulsiva,—esencialmente humana.

Ese fin supremo del gran arte lo descubrimos —gracias a la percepción,—en el arte antiguo, pero la ciencia no lo ha podido infundir en el arte nuevo.

Lo encontramos en Giotto, en Angélico, en Orcagna, en Memmi, en Pisano, todas personas simples e ignorantes; pero los sabios que han venido después de ellos

no producen la emoción, a pesar de todo su bagaje científico; estamos más lejos que nunca.

¿Qué hace, pues, el intuitivo? Contempla en el universo las formas creadas primero por Dios, impresas luego en la Naturaleza obscura y, regido por la forma bella, la configura en otra materia; y de ese modo produce una cosa nueva, un organismo artificiado. El artista es, por tanto, creador a su modo.

El hombre vive porque quiere ser algo que no es. La vida del hombre consiste en pensar o imaginarse de antemano un modo de ser que él no es, y pone todas sus fuerzas para llegar a ser ese modo de ser que no es.

La palabra "técnica" procede de la voz griega "téchnē", que en su sentido primitivo significaba "arte", o sea todo aquello que sirve como medio para conseguir una finalidad.

Estamos acostumbrados, desde hace algún tiempo, a los discursos de los técnicos que hablan del arte como lo harían de álgebra y encuentran en esta álgebra todo su placer.

El hombre no es pura técnica. La técnica no tiene valor, sino en tanto sirve para que el hombre llegue a ser lo que aspira a ser; en cambio, la ética es la expresión auténtica del ser del hombre. Y claro está que no es menester que el hombre sea realmente ético; basta con que quiera serlo.

La música, por ejemplo, les interesa infinitamente menos que la manera cómo está hecha. Sólo nos dejan los residuos de la música, es decir la alegría, los escalofríos, los ensueños que provoca la sonoridad, sin que seamos capaces de justificar nuestras lágrimas, de cifrar nuestro entusiasmo, de clasificar nuestros sueños o de analizar nuestra exaltación. Para ellos la ciencia. La emoción para nosotros.

Reflejar simples estados morbosos de una sociedad determinada, o antojos y caprichos de un extravagante o de un raro, por más talento o habilidad que posea, por más sabio que se le suponga en los procedimientos técnicos, es despojar al arte de un gran valor representativo de la huma-

nidad en sus más hondas raíces y en sus más altos anhelos.

El arte moderno es puro arcaísmo de la víspera, nada más. Un arte de segunda mano, híbrido e incoherente.

Si Rodín es un Miguel Ángel redivivo y si Bourdelle es una reencarnación del arcaísmo heleno, uno y otro son esencialmente modernos y prodigiosamente personales; ellos prueban que sin salir de las formas naturales, y sin violentar las buenas reglas consagradas por los siglos, se puede llevar a los resultados más brillantes y a la más intensa expresión artística, si hay la exaltación, la fe, la conciencia y el convencimiento de esa profunda verdad que emitió Bacón, que el arte es "Homo additus Naturae".

El problema de la renovación sucesiva en arte, en verdad, más que del acierto y de la independencia creadora de nuevos estilos, más que de filiaciones, de etiquetas y de ismos convencionales, más que de vanguardia, de centro o de retaguardia, radica en la necesidad de que con procedimientos viejos o nuevos se eleve, cada vez más, ejerza con mayor fuerza una función no ya humana, humanísima, sino eminentemente social.

Los anhelos de los humildes, las necesidades de los desvalidos, las esperanzas de los humanos, las ambiciones dignas de los compatriotas, las ansias individuales y nacionales de un ponderado sentido de justicia, las luchas en defensa de la libertad, por la confraternidad y por la felicidad, en cada pueblo de la tierra; todas estas legítimas aspiraciones, nobles emociones y santas pasiones, ofrecen un campo inagotable a los artistas para entregarse a la más genuina y pura fruición: la del delirio a la vez espiritual y estético.

¿Qué significa eso de alejarse de lo humano? ¿Por ventura las masas no son humanas y los grupos de seres o de objetos no se encuentran en planos humanos? Negarlo equivale a alistarse en la farándula de la universal locura.

El arte, pues, no puede evadir lo humano; no puede ni debe de ningún modo, deshumanizarse.

(Lomas de Zamora. Buenos Aires. R. Argentina. 19 Febrero de 1955).

Paz

Por el Prof. Rubén LANDA

(En la Revista *Rumbos*, de México, D. F.)

Un Maestro está trabajando en su escuela. De pronto, oye un grito: ¡Fuego!, y deja todos los problemas que le ocupaban, que le interesaban tanto, para pensar sólo en salvar la vida de sus alumnos, y, si es posible, también el material y el edificio conseguidos con tanto esfuerzo.

Algo así me ha sucedido a mí. ¿Sobre qué escribiré para *Rumbos*? Voy considerando cuestiones que despiertan el afán de los maestros, y de pronto oigo un grito más terrible que el de ¡Fuego!; un grito que parece resonar por todo el haz de la Tierra: ¡Guerra! ¡Guerra! Y tengo que dejar lo demás para invitaros a meditar, compañeros maestros, en lo más urgente, en salvar la vida de nuestros alumnos, tan llenos de vida, de una vida que quisiéramos contribuir a que fuese mejor y mejor.

¿Qué hacer? Nosotros los maestros no tenemos el poder político, ni el dinero, ni las armas; pero tenemos en nuestras ma-

nos, al menos en parte, la educación de los jóvenes. ¿Cuánta responsabilidad! No debemos emplear la escuela como medio de propaganda, mejor dicho, no debemos emplearla para propagar lo que separa a los hombres, pero sí para lo que los une. ¿Qué hacer? Mucho podemos hacer. Tanto que no me encuentro en este momento ni con fuerzas, ni con tiempo y espacio para hablar de todo ello; más sí quiero tratar de un punto. ¿Es sólo un sueño? ¿Algo imposible?

Sí, tenemos en la mano un arma poderosa: nuestro idioma. También él alcanza, como los aviones de bombardeo, a miles, a cientos de miles de personas, y aún más que ellos: a millones. ¿Por qué no utilizar este arma para el bien, para la vida, y no para la muerte? ¿Cómo? Mediante una revista para maestros de países de lengua española (y acaso también portuguesa), para los países de lenguas ibéricas, pero con la atención puesta en el mundo entero, Am-

HISPÁNICA REVISTA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada; noticias acerca del hispanismo en América, y una sección escolar dedicada a las estudiantes de español.

4 dólares norteamericanos al año;

número suelto: \$ 1.00

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirector: Eugenio Florit

Hispanic Institute in the United States

Columbia University

435 West 117th Street, New York

STECHERT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals

31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud.

Repertorio Americano

conseguir una suscripción al

biciosa de horizontes: no menos que universal. Un espíritu cosmopolita es el que puede traer la paz. Esa revista trataría de dar a conocer las experiencias valiosas sobre educación de todos los pueblos. Y prestaría especial atención al problema más urgente: lo que puede hacerse a través de la escuela en favor de la paz. Procuraría ser breve y barata (a los maestros no nos sobra ni el tiempo, ni el dinero). Y como ya lo hace una de las mejores revistas hispano-americanas, se esforzaría porque la recibiesen aún algunos de lo que, deseando leerla, no pudiesen pagar la suscripción.

¿Orientación? Muy amplia: que en ella tengan voz todos los partidarios de la paz. Y hoy, todos los gobiernos dicen que lo son. Debemos creer que son sinceros. Algo se ganó con la última Guerra Mundial: que después de ella no parece posible que un gobernante haga el elogio de la guerra, como lo hizo, entre otros, Mussolini.

En esa revista podrían hablar todos, como en las Naciones Unidas, pues que los hombres dialoguen es lo único que puede evitar que se maten.

En este momento los países de la América Latina son los más abiertos de todo el mundo para acoger hombres de cualquier nación, raza o creencia. Por esto aquí podría hacerse esa revista de espíritu universal.

He tenido la suerte de trabajar en una escuela mexicana donde han convivido como amigos alumnos hasta de cuarenta naciones, de raza, religión y lengua distintas. Si esto ha sido hacedero ¿no lo será también que eduquemos a todos los jóvenes de la Tierra para cooperar, para crear y no para matar y destruir?

Mi cuarto a espadas

Los 79 años gloriosos de Dn. Alfredo L. Palacios

Por la Dra. Loló de la TORRIENTE

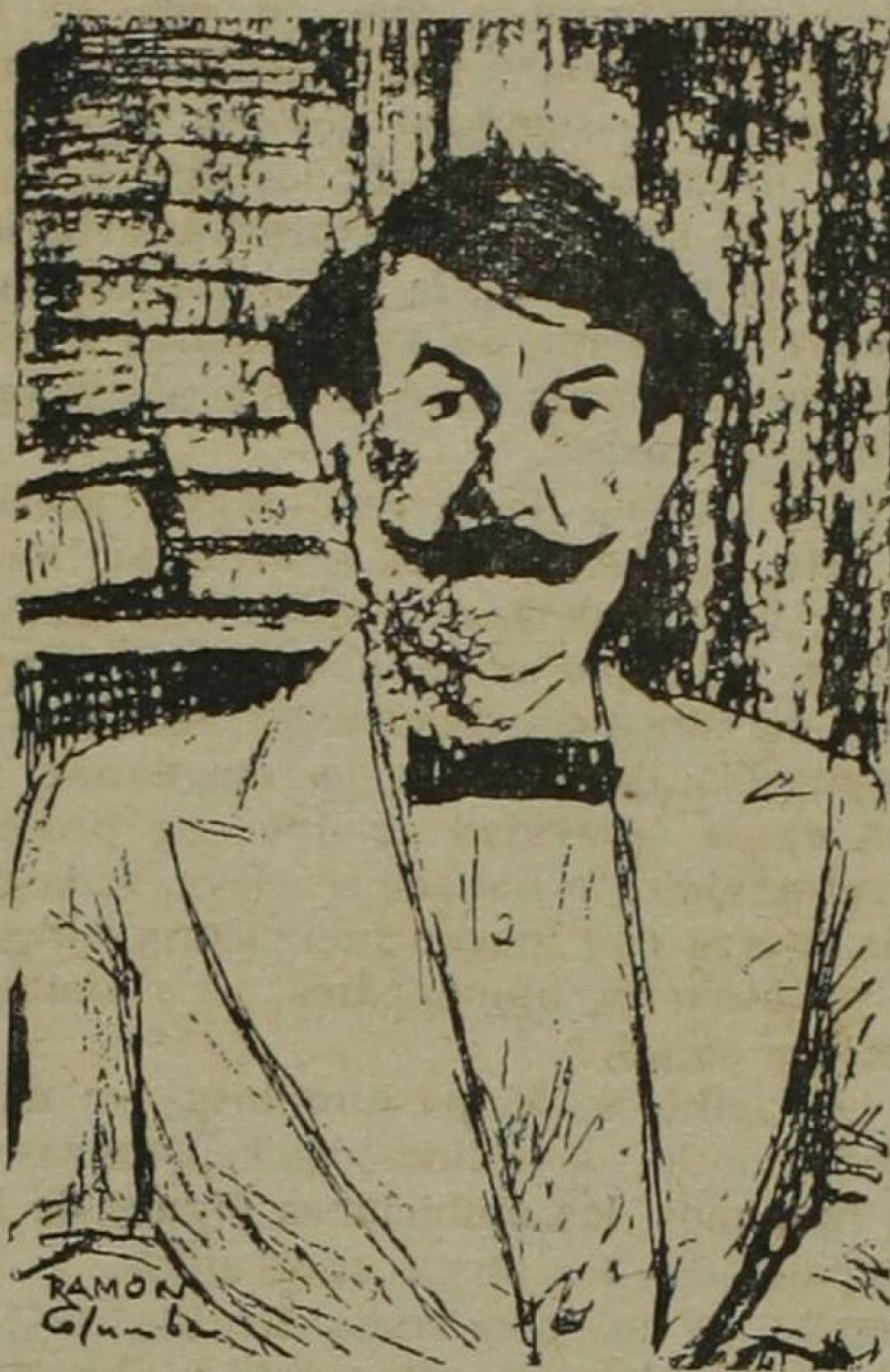
(Envío de la autora)

Don Alfredo Palacios ha cumplido 79 años de edad. Y los festeja dignamente escribiendo para las juventudes iberoamericanas un Mensaje en el que estudia, analiza y expone la situación de Guatemala frente a las empresas absorbentes y a sus legítimos intereses como pueblo americano con aptitud para el trabajo y la libertad. Este Mensaje, que leemos en *Repertorio Americano* (Julio, 1954), revela al ilustre argentino dedicado año tras año al bienestar de los pueblos de este Continente al estudio e interpretación de sus problemas y a la solución de sus más arduos empeños.

Pertenece a la noble generación que dió hombres como José Ingenieros, prematuramente desaparecido, Manuel Ugarte, mezcla de literato y propagandista, y de Vaz Ferreira, Alejandro Korn, Belisario Roldán, Alberto Ghirardo, Emilio Frugoni y el mismo Joaquín García Monge, animador y mantenedor de *Repertorio Americano*. Su obra y su vida ejemplar han sido una enseñanza para las juventudes haciéndose respetar, no sólo como profesor universitario (Rector de la Universidad de la Plata hasta 1943) sino también como político muy dinámico con hondas raíces en el sentimiento de su pueblo.

Desde *El nuevo Derecho* don Alfredo Palacios se mostró el impugnador de todo estado "de derecho" en que mediará la fuerza. Sucesivamente fué desenvolviendo sus ideas filosóficas al tamiz de su recia estructura científica universitaria y sus libros ("La Universidad nueva", "Universidad y democracia", "El dolor argentino", "Las Malvinas") encadenan e interpretan los hechos americanos al calor de las variantes que ha tenido la política doméstica de cada país y, sobre todo, de la que proyectan nuestros poderosos vecinos del Norte.

Ahora, en este "Mensaje", don Alfredo, a los 79 años, pone al descubierto toda la trama que ha movido el cruento drama guatemalteco. Sin extremismos, como corresponde a su edad y a su magnífica experiencia, el ilustre profesor analiza la política que en 1928 mantenía Herbert Hoover electo Presidente de Estados Unidos y quien a la sazón realizaba una gira por los países de la América. Pocos años después Franklin Delano Roosevelt llegaba a Bue-



Dn. Alfredo L. Palacios
(Del natural, por Ramón Columba)

*

nos Aires y su comunicación con el pueblo le servía de acumulador para hacer la historia. Rectificó la política de sus antecesores cuya preocupación había sido ensanchar los mercados aunque la guerra y, posteriormente, la muerte dejó sin gran líder al Partido que el Presidente representaba.

Las compañías operadoras de la América Hispánica y, sobre todo, las radicadas en el Caribe (la United Fruit Company, establecida en Guatemala en 1901 bajo la dictadura de Estrada Cabrera que ocupó durante veintidós años el poder) empezaron nuevamente a engordar expandiéndose vorazmente sobre un pueblo semicolonial y, por tanto, más que tímido, miedoso. No era para menos. Las empresas, organizadas rígidamente, disponían de inmensurables extensiones de tierra, ferrocarriles, barcos, industrias y todos los medios de producción capaces de facilitar o negar trabajo al más humilde o al más poderoso de los guatemaltecos. Esta actividad mono-

polista producía ganancias exorbitantes, cuidadosamente ocultas, como lo demostró el Fondo Monetario Internacional, investigación de la que se valió el gobierno constitucional del país para denunciar ante las Naciones Unidas y ante la Organización de Estados Americanos (Abril de 1953) los hechos constitutivos de agresividad de las empresas y la legitimidad de la legislación defensiva puesta en vigor.

Don Alfredo Palacios, al que no puede hallársele nexo con doctrinas exóticas, dice en su Mensaje: "Los jóvenes de Iberoamérica no deben aceptar ningún régimen: en que la libertad esté abolida aun cuando proporcione las mayores ventajas económicas. Y no admitirán nunca que sea necesario exigir entre comunismo e imperialismo. El planteamiento de este dilema es absurdo. Hay que afirmar categóricamente: ni comunismo ni imperialismo. Pero la posición no ha de ser negativa sino afirmativa; afirmar las instituciones libres y la lealtad a la democracia para el triunfo de la libertad humana. Y ha de lucharse por el ideal con medios tan nobles como los fines, porque los medios innobles estructuran una conducta vil y empañan los fines elevados."

Hace un cuarto de siglo Romain Rolland, desde Suiza, exaltaba la labor de Alfredo Palacios como motivo de su acción iberoamericana en la Universidad de la Plata y saludándolo le decía: "Creo en la misión de ustedes. La presiento y la evoco. ¡Uníos! A la obra, sin tardanza. No hay que perder un solo día". Luego, dirigiéndose a los jóvenes, el gran escritor agregaba: "Os envidio. Tenéis para sacrificaros por Iberoamérica la causa más bella y más heroica."

Veinticinco años después don Alfredo Palacios sigue en pie. Alerta. No desmaya. La unidad material y espiritual de la América de habla española (según los lineamientos propugnados por Alberdi en su famosa Memoria de 1844) es su gran batalla y a los 79 años de edad, cuando otros hombres quieren disfrutar de sus riquezas o de sus alegrías, el gran argentino, compañero de Ingenieros y amigo de los jóvenes, ilustra el pensamiento continental con la maravillosa savia de su experiencia y su serenidad doctrinal americana.

La Habana, 1955.

Soneto a Costa Rica

En 1856, siendo don Rafael Pombo, ilustre poeta colombiano, secretario de La Legación de Colombia en San José, el aventurero yanqui Walker atacó a Costa Rica. Al dejar a Costa Rica en junio del citado año, don Rafael Pombo escribió el soneto que reproducimos a continuación y que hoy adquiere singular actualidad:

¡Adiós, modesta, hospitalaria cuna
de honrados y valientes! —Quiera el cielo
que el sudor, noble lluvia de tu suelo,
amanse en tu horizonte la Fortuna.

Tú, pobre en todo, rica cual ninguna
en dignidad, has estrellado el vuelo
del Buitre; y admirándote modelo
hoy todo hidalgo corazón se anuda.

¡Hija menor de la ultrajada raza!
mi patria, de su hermana se gloria,
y en el abrazo que te doy te abraza:

y hoy, al decirte adiós, es mi agonía
pensar, que en el turbión que aún te amenaza,
yo con su sangre no uniré la mía.

Rafael POMBO.

San José, junio 13 de 1856

Tres encuentros con RUBEN DARÍO

Por Roberto BRENES MESEN

(Papeles inéditos, envío de Dña Ana María de Brenes Mesén.)

Los vientos norteros de diciembre habían comenzado a motear la límpida atmósfera con los abigarrados papalotes que anunciaban la venida de la estación más bella del año tanto para los jóvenes como para los cogedores de café. Y nuestros exámenes ya se aproximaban. Por los corredores y los patios del Liceo, los estudiantes reían para disimular sus temores. Una mañana, para su asombro, los mayores escucharon un rumor: nuestros examinadores estaban ahí, un gran orador cubano, Antonio Zambrana, un escritor de El Salvador, Francisco Gavidia, y el nicaragüense Rubén Darío, a quien los periódicos habían recibido con un generoso aplauso.

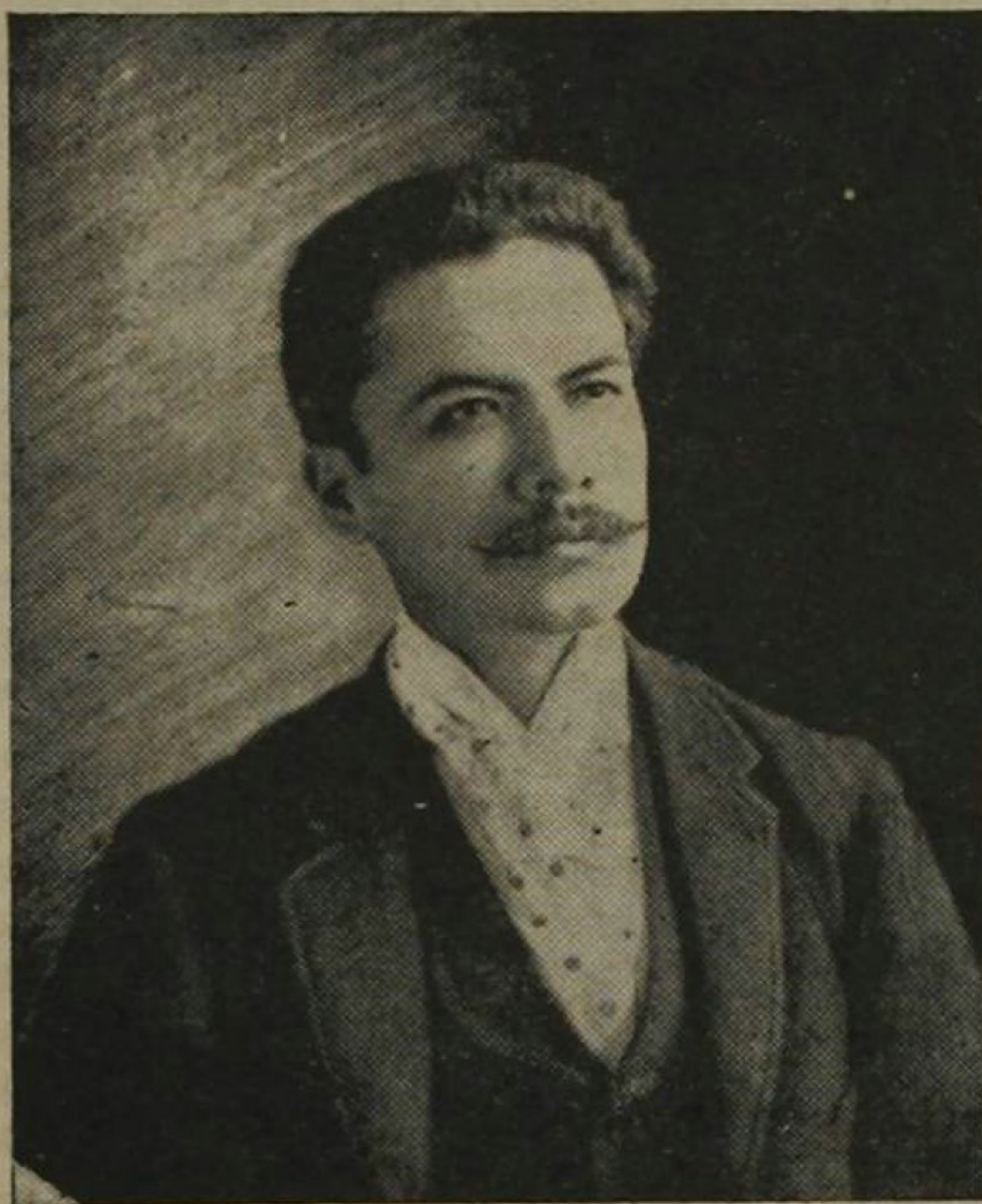
Todos conocíamos la elocuencia maravillosa de Zambrana puesto que había convivido con nosotros por varios años. El nombre de Rubén Darío tenía para nosotros un inusitado encanto.

El examen fué oral y, mientras aguardaba mi turno, observé la apariencia del poeta que tanto ya admiraba. Llevaba él una levita parda y pantalones de rayas. Una nítida corbata de lazo hacía resaltar el color marfileño de su rostro. Tenía una perilla cuidadosamente recortada y un fino bigote. Su nariz sensitiva, sus mejillas y su frente le daban un aire de peculiar distinción. Su pelo era negro y ondeado. Ni su tez ni su fisonomía revelaban el indio chorotega que había en él. Sus manos así como sus maneras le comunicaban un aspecto aristocrático. Sentóse él ahí, frente a nosotros, quieto, y, aunque no recuerdo sus preguntas, sí recuerdo que no eran demasiado difíciles ni traídas de los cabellos. No hubo discusión entre examinadores y alumnos ni entre los mismos examinadores. Terminada la prueba, me di cuenta de que la imagen del poeta había quedado grabada en mi memoria.

Poco tiempo después lo vi en una de las calles principales de San José, camino hacia las oficinas de un periódico del cual había llegado a ser co-editor. Le seguí. Vestía el mismo traje con que lo había visto y portaba un bastón. Sólo cuando había desaparecido en el edificio, continué mi sendero. Cada día buceaba en los periódicos en busca de su firma. Fué entonces que publicó en una revista de corta duración su bellissimo poema "Blasón", cuya última estrofa contiene ahora un mensaje que antes no tenía y el cual se lo adicionó en 1892 cuando conoció a la señora marquesa de Peralta, en Madrid. Trajo con él un buen número de copias de "Azul", las que, con gran sorpresa mía, encontré que sólo podía comprar en una cantina situada a media manzana de las oficinas del diario.

En la Biblioteca Nacional, solía encontrarlo entre las tres y las cuatro de la tarde, y me sentaba lo más cerca posible de él porque quería conocer los títulos de los libros que leía, ya que cuando leí "La Canción del Oro" me di cuenta de la amplitud de su erudición. Reconocí las ediciones clásicas de Panchouk, con el texto latino y la traducción francesa.

Un día leí que el poeta abandonaba el país. No lo volví a ver más, pero su imagen formada con todas estas impresiones ha permanecido fresca y vívida.



Rubén Darío

(A los 25 años. Como era cuando estuvo en Costa Rica, 1891.)

*

Unos seis años después me hallaba en Chile. Conocí a un pequeño grupo de hombres de letras que habían tratado personalmente a Rubén Darío y, en una ocasión en que paseaba por la Quinta Normal con dos o tres de estos nuevos conocidos, me condujeron a un lugar a donde el poeta acostumbraba pasar, de vez en cuando, algunas horas solo; era un bello lago artificial en cuyo borde se inclinaba un sauce llorón para dar sombra a una pequeña banca. Me agradó el sitio y lo visité después por cuenta mía. Sobre aquella banca escribí en verso una "Epístola a Rubén Darío". Cuando se publicó, se la envié a Rubén, quien me respondió con una amable carta y con dos libros de poemas con sendas dedicatorias muy gentiles de sus autores para mí: sus "Prosas Profanas" y las "Montañas de Oro" de Leopoldo Lugones.

Cerca de diez años más tarde, me encontraba en la línea divisoria entre Costa Rica y Nicaragua. Los Presidentes de estos dos países acordaron sostener una conferencia cerca de la frontera para tratar directamente sobre ciertas cuestiones políticas y comerciales que en aquellos tiempos interesaban a las dos naciones.

El Presidente de Nicaragua invitó a un grupo de unos veinticinco a treinta personas: dos o tres miembros de su gabinete y varias personalidades importantes de la política y de las letras. Hizo lo mismo el Presidente de Costa Rica y yo era uno de sus invitados. Pocos minutos después de nuestra llegada, avanzada ya la tarde y antes de la comida, mientras que las personas se dispersaron para explorar los alrededores, Rubén y yo recorriamos de un lado a otro el corredor del este de aquella remota casa de campo. En la distancia, de frente al norte, se extendía el Lago de Nicaragua. Hablábamos de literatura, deteniendonos en la apreciación de la personalidad de los jóvenes escritores de América y de sus libros. Lo conduje a que hablara sobre sus trabajos y proyectos. Me desarrolló algunas de

sus impresiones, que más tarde leí en "Mi Viaje a Nicaragua".

El no era muy conversador. Tenía que asediarse a preguntas. Su reserva producía su silencio habitual. Pero durante aquella tarde y la mañana siguiente lo pude tratar con frecuencia. Había ya perdido las líneas de la delgada figura que había conocido en 1891. Se había engordado y no conservaba su bigote y su perilla. Sus pómulos chorotegas habían comenzado a resaltar a medida que la carne de sus mejillas había comenzado a aflojarse. Existían en aquel lugar muchas oportunidades para beber copiosamente y él se mantuvo siempre sobrio y distinguido. Cuando nos despedimos en aquella segunda tarde, éramos íntimos amigos.

Pasaron siete años, vivía en Washington, y una tarde del ya avanzado otoño, recibí un telegrama firmado por Rubén Darío, con saludos amistosos y la expresión de su deseo de verme pronto. Le contesté tres días después anunciándole que me encontraría con él en Nueva York. Así lo hice. Al poco tiempo de haberme inscrito en el Hotel Astor, traté en vano de comunicarme con él por teléfono. Frente al Astor existía un teatro, el Vitagraph, que despertó mi curiosidad. Decidí entrar en él, y, cuando estaba a punto de ocupar mi asiento, he aquí, que mi vecino de la derecha era Rubén Darío y cerca del poeta se hallaba el orador Alejandro Bermúdez que había venido con aquél para dar una serie de conferencias.

Nos quedamos ahí un rato, luego salimos a caminar por Broadway para tener más libertad para hablar. Acordamos encontrarnos al día siguiente para almorzar en Angelos, restaurante entonces conocido por su cocina española. Los invité a tomar vino —no existía en ese momento la prohibición— y Rubén se negó a tomarlo.

Rubén se hallaba radiante de júbilo. Al salir de Europa le habían propuesto una edición completa de sus obras y él estaba encantado con el tipo, el formato y los títulos de algunos de estos volúmenes, particularmente uno captaba su imaginación: *Y muy Siglo dieciocho y muy moderno*.

Alimentaba grandes esperanzas. Había llegado a los Estados Unidos para desarrollar una serie de conferencias que me dieron la impresión de que perseguía dos objetivos diferentes: uno, artístico, el de dar a conocer mejor su poesía; el otro, que debía ser realizado por su compañero, el señor Bermúdez, el de hacer campaña en pro de los Aliados. Puede ser que entendiera mal, pero esa fué mi impresión. Esta vez Rubén Darío se mostró efusivo, tenía fe y entusiasmo en los resultados de su jira así como en el buen éxito de la nueva edición de sus obras completas. Pude apreciar en él una mezcla feliz de madurez y juventud que encubría la flaccidez de su rostro y la creciente redondez de su figura. Sus manos no habían envejecido; sólo la lentitud de su marcha revelaba fatiga. Habíase vuelto más sociable, más expansivo, cierta dulzura nimbaba su vida, encarnación verdadera de su exquisito *Otoño en Primavera*.

(*) El Modernismo fué criatura de una nueva edad en un mundo nuevo. Los últimos años del siglo diecinueve alumbraban ya las profundas transformaciones de ideas y de pasión que habrían de operarse en la adolescencia del siglo veinte. Se difundía por el mundo el divino descontento de las cosas existentes. Artes, Letras, Ciencias, Filosofía, Crítica, todo, a partir de 1875, experimentó un sacudimiento de rebeldía y renovación. Habría podido decirse que una nueva sensibilidad se desarrollaba, pues que numerosos descubrimientos, invenciones y doctrinas aparecieron durante ese período de veinticinco años. Surgió entonces un Modernismo religioso afirmando la evolución del dogma. El Modernismo en ciencias, una vez descubierta la radiación de la materia, y enunciado el principio de la evolución, se dió a la tarea de renovar la concepción científica del universo. Nuevas ciencias despuntaron.

De modo semejante en la Literatura fué el Modernismo una renovación. Ella implicaba un estado de conciencia resultante de un combate interior entre la tradición aprendida y la clara concepción de otras posibilidades artísticas que la tradición inmediata excluía, pero que se justificaban en el fervor de las emociones artísticas a que daba nacimiento una sensibilidad ya exacerbada. La cual, por sí sola, dentro de la tradición, producía artistas del tipo de Gautier, o del temperamento de Gutiérrez Nájera, o de José Martí, o de José Asunción Silva.

El Modernismo hispano-americano fué una liberación artística alcanzada por una superación de la visión interior sobre las limitativas formas heredadas, no tanto por que viniesen de un antiguo patrimonio como porque eran limitativas. En parte el Modernismo fué una resurrección de formas arcaicas, dentro de las cuales se vació el contenido de una nueva conciencia de be-

(*). El texto que sigue lo dejó Brenes Mesén en castellano. El texto anterior, en inglés, y lo ha traducido nuestro amigo y colaborador, el Prof. J. B. Acuña.

lleza, de un ritmo de emoción y de sentido que trascendía la música de la palabra. Y en la plena madurez del Modernismo el sentido, más o menos delicuescente y fugitivo, parecía desvanecerse en la armonía de las cláusulas constitutivas de la composición. El Modernismo ha restaurado a la palabra la conciencia de su fuerza de emoción, independiente de todo sentido, por el hecho sólo de ser música, y, por tanto, capaz de suscitar emoción.

En el *Azul* de Rubén asoma ya la sensibilidad del Modernismo; en *Prosas Profanas* surge la total sinfonía de la lengua como una incorporación extraña de Hermes por la sutil significancia y de Afrodita por la graciosa sensualidad de la música de la palabra. Marcó, pues, la aparición de *Prosas Profanas* una nueva etapa de arte literario, la más original, en el continente hispano-americano.

Cuando en 1892 Rubén Darío pasó a España los jóvenes que habían de ser lo que se ha llamado la generación del 98 le recibieron bien, y cuando a causa de los desastres que acabaron con el imperio colonial de España, esa generación volvió los ojos hacia su vida interior para sacar virtud de su dolor, su nueva sensibilidad halló un medio de expresión que era de la sustancia misma de su alma española. Desde ese instante Rubén Darío fué Poeta portaestandar-te del mundo hispánico.

La vida del Poeta recibió una constante radiación de lo alto. Sin ella las caídas de su *vía crucis* habrían sido mortales, porque bajo las apariencias de su serenidad olímpica a trechos sangraba "su carne viva". En Rubén como en Poe las horas de arte y los instantes de ensueño se desposaban con las noches de terror o con los días que consagraba a Licio.

y esa vida "sensual y sensitiva", bañada de luz de antigüedad y de fragancias de nuestro tiempo es la que el Profesor Fay ha visto con amor y narrado con desusada simpatía y comprensión.

Northwestern University. Evanston, Illinois. 1936.

El patrón

Colaboración de Arturo MEJIA NIETO

(En Rep. Amer.)

Subió también él al estribo del tranvía tirado por una yegua y una mula; el armatoste, sacudiéndose, se dirigía lentamente hacia la avenida Colón; allí descendía con los pasajeros y ocupaba su lugar entre las "puesteras" divertidas ante su aire envejecido enfundado en un jaquet, con el belfo caído y el rostro regordete.

—Voy en busca de un caño de desagüe —confesó esa vez el primer pasajero. Así me olvido de mi hijo con la construcción de la casita. Es una distracción para tener la mente ocupada y hacerme la ilusión de que la habitará conmigo. Mandé a Cosme el peón a comprarlo al centro. Para estimularlo le regalé ayer dos billetes de \$ 10 arruallitos, por cierto manchados con tinta de escribir, pero los signos perceptibles conservaban su valor de circulante...

El pasajero reparó en los 18 años transcurridos desde la muerte del hijo, pues, esto ocurría en 1888 y la guerra había terminado en el 70.

—Vive esta humilde gente en la miseria —dijo. La guerra nos ha empobrecido y

hay que ayudarlos—añadió.

—No le parece? —Volvió a preguntar.

—En la miseria es cuando somos hermanos—observó el desconocido. Habló luego de la mañana calurosa y levantó finalmente su sombrero de copa con hidalguía y manifestó que bajaría en la próxima parada del tranvía. Mutuamente se cambiaron sus nombres, por más que el forastero conocía de sobra, como todo el mundo en la capital paraguaya, a su interlocutor y se preparó a descender. Infortunadamente algo ocurrió en ese instante porque abruptamente perdió el pie y cayó sobre el piso, mientras el público se asió fuertemente con lo primero que encontró a mano, inclusive la persona que se hallaba al lado y así evitar que el sacudón los tumbase contra el suelo a todos. Aquellos que enderezaron la vista hacia el frente, notaron que la mula, más respingona que la yegua, se alzó encabritada ante algún impedimento y la yegua reculaba. Nadie supo lo que sucedía, más la ansiedad se reflejó en la miradas.

Era durante el verano. Poco trabajo, poco dinero, casi ninguna diversión. Se mantenía uno a la espera de algo; la imaginación se excitaba escuchando anécdotas, episodios y escenas de la guerra grande. Generalmente quien refería aseguraba haber sido actor de lo que contaba. A la gente le parecía contemplar la figura ecuestre de tal general, la osadía y temeridad de tal soldado anónimo introduciéndose de noche entre las fuerzas del enemigo o entre los camalotes para escalar algún barco. En el relato aparecían estrellas, ciénagas, lagartos, disparos de armas de fuego y el sueño interrumpido para ir en busca del enemigo y sorprenderlo. Todo, todo ello se oía en los relatos de la guerra desde hacía 18 años.

Pero la realidad inmediata era muy distinta, invitaba al derrotismo; nadie se hacía ilusiones y sólo se atendía meras necesidades materiales. Poco interesaba el lujo, la ambición, placeres, y figuración en sociedad o los negocios. La vida de la ciudad terminaba con las últimas luces del día. En suma, después de 18 años las cicatrices de la guerra no se restañaban.

—Qué sucede?—preguntó el señor del jaquet, creyéndose facultado para decidir, interrogar, aconsejar o intervenir entre la gente. Ninguno contestó, traían en peso el cuerpo de una pobre mujer del pueblo recogida por desvanecimiento de entre las patas de los animales. La sangre le volvió al rostro y ella misma sonrió al verse al lado de otra "puestera" que se llamaba Felipa. El tranvía anunciado por la corneta, reanudó la marcha.

—Qué te pasó?—le preguntó la amiga que tenía la piel también olivácea.

—Nada, un susto...

—Las penas—replicó Felipa. Las penas te tienen así!...

Pero mientras Felipa conversaba, la convalesciente descubrió con gran susto que había extraviado las monedas para su pasaje. Recordó que en otra parte ocultaba dinero de su marido para determinada compra, pero su espíritu de respeto mantenido tradicionalmente hacia el esposo no le permitía gastarlo, como tampoco pedir prestado. Conservaba orgullo, soberbia y reticencia de la raza acentuada últimamente con la reserva mental del desconfiado que aparece en los malos tiempos. La imagen del muerto, fijo en la memoria la guiaba; llevaba a cuestras su pesar; había sido su última razón de amor en la vida y por eso caminaba por las calles de Asunción como una sonámbula.

—Qué puede esperar mi vida desde la desaparición de mi único hijo? confesaba en ese instante el anciano del jaquet a otro pasajero que por el acento no parecía ser de por aquí.

—Oíste? —prorrumpió Felipa.

—Qué? Qué?

—Que también tiene un hijo muerto en la guerra —replicó Felipa en guaraní.

Al oír esto, la dolorida olvidó su dificultad en no poder abonar su pasaje y se irguió:

—Qué importa! Acaso es paragueño? Habrá muerto peleando en contra de mi hijo.

—Qué importa! Y al darse cuenta que también podría haber sido quien disparó la bala mortal, una lágrima como una gota de plomo derretido sobre su corazón rodó. Empezó a gimotear cubriéndose la cara mientras la amiga respetuosamente apartaba la mirada.

Se sentía cansada por los magullones re-

cibidos con los cascos de las bestias que tiraban el tranvía, pero más con el conflicto de emociones producidas por el recuerdo de su hijo muerto en la guerra. Permaneció con la mirada tensa, pero con los ojos hablaba. Algo le preguntó Felipa, pero no contestó. Sin que ninguna de ellas advirtiera, el anciano del jaquet la venía observando en secreto; contemplaba ella hacia una especie de vacío espiritual sólo divisado por ella en el horizonte. Los demás proyectaban sus ojos hacia igual dirección, pero en vano... Era la suya una mirada desprovista de emoción, de apetencia, placer, aburrimiento, desesperación. El anciano del jaquet conversaba para no atraer sobre sí sus ojos. En puridad lo que hacía era vigilarla, como si la viese con un arma peligrosa en la mano. Entre Felipa y el alma de su amiga mediaba una incompatibilidad. La amiga de Felipa parecía pesar la consecuencias de una secreta decisión. Otras veces lo que allí asomaba era ansiedad estúpida.

—Qué haré para pagar el pasaje?—se preguntó. (Esta duda no se la confió a Felipa).

—A todo el pueblo le ayuda con dinero. Pero siempre quiere saber qué hace una y de qué vive el marido—comentó Felipa.

—Quién?—preguntó sobresaltada como descubierta en sus pensamientos.

—El viejo. — Ese viejo.

—Y no dices que el hijo era extranjero y murió en la guerra?

—Sí.

—Es nuestro enemigo. Enemigo de los paraguayos.

—Pero ayuda con dinero a la gente del pueblo,—terminó y acto seguido inconscientemente ante la dificultad de su amiga, se incorporó para luego descender del tranvía. La otra permaneció tiesa como un alambre. Se separaron y al abandonar Felipa el asiento la amartelada decidió pagar el pasaje con el dinero del esposo y resolver así su dificultad. De nuevo, anunciado por la corneta, reanudó la marcha el tranvía.

El viejo, no obstante, observó que al despedirse de Felipa, ésta hizo caer algo y era un billete que él se había inclinado para recogerlo y devolverlo a su dueña. Pero al examinarlo resolvió sustituirlo por otro de mayor suma haciéndole creer que era el mismo.

No consiguió hacerlo infortunadamente pues la mujer recibió al señor con una mirada agresiva y desafiante. Arrogante en su provocación y confiada en su rencor contenido, surgió empero, una segunda dificultad. Esta se debió a que cuando para afirmarse en su propósito de abonar su pasaje, buscó el billete de su esposo, no lo encontró tampoco. Lo había perdido. Este nuevo conflicto de emociones acabó por debilitarla. No tenía dinero para viajar ni como regresar hasta la "curva de San Miguel" en cuyos alrededores vivía con Cosme, su marido, dedicada a prender una vela al Santo encargado de cuidar el alma del muerto en la guerra.

Odio y duda, luego desesperación la invadió, pero también una devoción religiosa con el recuerdo del hijo. Todo esto lo adivinaba el anciano señor desde el asiento. Y al tropezar mutuamente con la mirada, ella reconoció que él era el padre de un hijo muerto en la guerra, por más que fuese soldado enemigo y otro sentimiento la hipnotizaba, inundándole sus ojos ordinariamente inexpresivos con un penoso

complejo de ternura y celos. Ahora sentía respeto por el dolor ajeno, inclusive por el del enemigo. Este hombre era un argentino y había perdido un hijo en la Guerra Grande y en las filas contrarias. El dolor era igual, uno cada uno y los dos eran padres. Cerró sus ojos. No alcanzaba a comprender que un vencedor tuviese que sufrir como un vencido. Que una guerra castigara a gentes de ambos bandos y que la victoria traía a ninguno la entera alegría. Miedo y tentación con una especie de excitación y coraje llenaban y vaciaban sus ojos. Revoloteó la mirada y adivinó lo que unificaba el alma de los paraguayos, el desamor por la alegría en la cara. Únicamente este anciano y padre de un hijo fallecido en la guerra atraía la atención, puesto que siempre estaba en uso de la palabra. Sin duda, pensó, la gente de aquí para olvidar callada y la de allá, para no recordar, hablaba. Hablaba siempre.

—Oiga, — le dijo una vecina que en ese instante se incorporaba para descender del tranvía. Giró la mirada y sin tiempo para pedir nuevas explicaciones, descubrió un dedo que le señalaba un billete arrojado y arrojado al suelo. Recogió el papel, recobrando el ánimo entero, suspiró llena de alivio, pero cuando minutos más tarde lo revisó para comprobar que era el suyo, descubrió una tercera decepción: no era ni la suma ni el billete que había extraviado. Posiblemente alguien lo había dejado caer y ella debería devolverlo.

De nuevo tras el anuncio de la corneta reanudó su marcha el tranvía. El calor era húmedo, tormentoso. En la lucha consigo misma se pasó la mano por la cara con ansiedad. Una angustia le quemaba por dentro y por fuera la temperatura le abrazaba la piel. Tendría 50 años y representaba más; era delgada, fina de caderas, desprovista de músculos y el color ceniciento.

—Hace calor—comentó la nueva vecina ubicándose a su lado. Pero ella no le escuchó porque pensaba en la incompatibilidad de la dignidad y el dinero. Para ser decente se requiere dinero, pensó. Ahora mismo podría planear un robo, pero con tal pecado su hijo no se salvaría del purgatorio y ella prefería el sufrimiento terrestre antes que vivir abrazado por las llamas. Su sonrisa era expresiva; no comunicativa. De su cuerpo lo movable eran sus manos. Se desplazaban continuamente y a quien la observaba como lo hacía el anciano del belfo caído, atraían por que dejaba caer las cosas como un niño. Naturalmente que en ello la voluntad estaba ajena; era la tensión constante recibida del ambiente creado por la guerra. Y sin embargo sus ojos miraban adentro de los demás con una ansiedad propia de aquéllos que por naturaleza viven decepcionados. Comía poco, dormía menos, suspiraba mucho y estaba sometida hasta el servilismo a su marido. De noche pedía la salvación del hijo muerto por defender la patria. Abajo en el silencio de su corazón se alzaba como un altar su amor para el muerto. De este fuego vivía su alma. Lo más significativo era que las "puesteras" la respetaban, envidiaban que un hijo caído en la guerra produjera tanto dolor. Ninguno les parecía más santificado y ninguna de ellas, por eso mismo, inspiraba tanta consideración. El propio esposo la admiraba, se entendían con signos y miradas. Le emocionaba que otras "puesteras" cuchicheaban con alabanzas y si un parroquiano demandaba "chipa", ellas permitían que ella vendiese un artículo primero que ninguna. Entre tanto permanecía sumisa y erecta como una persona muda; vivía en un silencio de muerte y gustaba dar rienda suelta a oscuros pensamientos.

Negras nubes de tormenta corrieron en ese momento llevadas por un viento refrescante e impregnado de un fardo con perfumes del campo. Algunos pasajeros intentaron sacar la cabeza del tranvía para contemplar el cielo.

—Que vida, que vida! — comentaba una pasajera. Es como para desesperar a cualquiera. Trabaja, pasa las noches sin dormir, se preocupa y luego no encuentra como vender, porque la gente o no tiene dinero o no le interesa comprar. Si, nada se compra, entonces nada se produce y todo anda mal. Pero ¿podremos salir así de apuros? No me parece — no pienso eso porque soy emprendedora... Y retó a la concurrencia con una mirada.

Iba a continuar su discurso cuando se paró en seco el tranvía.

Era el final y empezó a expulsar todo género de pasajeros: Mujeres del pueblo con su "chipa", limones, naranjas, verdura, frutas tropicales; también niños, hombres y alguna gente de buena clase social y en medio de todos el viejo del jaquet, dirigiéndose a la "puestero", ésta hablaba, diciéndole al mayoral:

—Esto no es mío, lo encontré allí. Y voy a pagarle mi pasaje con "chipa", porque no tengo otra cosa...

Cuadernos Americanos

Apartado Postal 965

México, D. F., México

Estos libros interesantes:

Antonio Castro Leal: <i>Juan Ruiz de Alarcón</i>	Dóls. \$1.00
Juan Larrea: <i>Rendición de Espiritu I y II</i> , cada uno	1.00
Eduardo Villaseñor: <i>Ensayos Interamericanos</i>	1.00
Emilio Prados: <i>Jardín Cerrado</i>	1.00
Rodolfo Usigli: <i>Corona de Sombra</i>	1.00
Sara de Ibáñez: <i>Pastoral</i>	0.50
Gustavo Valcárcel: <i>La Prisión</i> ..	1.50
Gustavo Valcárcel: <i>La agonía del Perú</i>	0.50
Miguel Alvarez Acosta: <i>Muro blanco en Roca Negra</i> . Novela. Premio <i>El Nacional</i>	2.00
Miguel Alvarez Acosta: <i>Nave de Rosas Antiguas</i> (Poemas) ..	2.00
Fernando Benítez: <i>China a la vista</i>	2.00
José Tiquet: <i>Sangre de lejanía</i> . ..	1.20
Margarita Paz Paredes: <i>Dimensión del Silencio</i>	1.20
German Pardo García: <i>Acto poético</i>	1.50
German Pardo García: <i>U. Z. Llama al Espacio</i>	1.50
Felipe Cossio del Pomar: <i>Aretino, azote de Príncipes</i> . Biografía ..	1.60
Luis Suárez: <i>Otro Mundo (Viaje por Checoslovaquia, Rumanía y Polonia)</i>	1.60

Solicítelos a Cuadernos Americanos (México, D. F.); o a Rep. Americano (San José, Costa Rica).

—Pero y esto? — preguntó el hombre mostrándole el billete arrugado.

—No es mío, ya lo dije.

Irrumpió el anciano en la disputa y lo miraron alarmados.

—Este dinero es suyo—dijo devolviéndole los dos billetes arrollados de \$ 10 cada uno.

Ella lo contempló profundamente, reconociéndolos por las manchas de tinta.

—Hija mía, dijo. Los descubrí caídos y en vez de devolvérselos los sustituí por otro de \$ 100 para colocar velas a la virgen que protege tu hijo. Yo también esperaba el mío sucio y desarrapado, pero con el pecho cubierto de condecoraciones... Así lo suelo decir a Cosme, tu marido y así lo soñaba en mis delirios.

La mujer temblaba, no sabía qué decir y el "mayoral" ajeno al asombro, protestó.

—Bueno, ustedes se arreglan pero me pagan el pasaje.

De inmediato el anciano abonó la suma adeudada. La mujer quedó confundida. Cuatro "puesteras" con pañuelos en la cabeza como gitanas se aproximaron hablándole en guaraní:

—El te lo regala mujer; él ayuda a los pobres.

—Estos \$ 20 —añadió— se los rega'é a Cosme, tu marido. No es así?

Ella reconoció que era cierto, pero estaba tan conmovida que no replicó.

—Díganle en guaraní—ordenó.

Se lo tradujeron muchas, pero fingió no entender.

Vamos —volvió a agregar.— Voy a explicarle. Este billete se lo regalé a Cosme que es peón mío y marido tuyo. Reconocí los dos billetes enrollados por las manchas de tinta. Además porque Cosme me hablaba de su mujer y el hijo que murió en la guerra. Cuando la oí hablar adiviné que debería ser ella, luego lo confirmó los dos billetes arrugados que eran los mismos.

Todos lanzaron una mirada y a la aludida se le iluminaron los ojos.

—También Ud. perdió un hijo?... Se animó a preguntarle.

—Así es, hija. Así es... Estaba en las filas del enemigo, pero eso no importa; muerto está el tuyo como el mío... óyeme bien... los dos, tú como madre y yo como padre, condenemos la guerra... Ella es la sola culpable. Ella mata a los hijos de sus

padres... El tuyo no murió por culpa de los aliados ni el mío por culpa de los paraguayos... a los dos los mató la guerra. Comprendes?... los mató la guerra!

La vendedora tenía los ojos humedecidos y la piel encendida; se le echó en brazos como una hija. Dame ese billete que me hizo descubrirte, hija.

Ella se lo devolvió.

—Toma éste para que le compren flores—dijo él y calló.

Lloraban. Una corriente eléctrica de comprensión les atravesó.

Y ella ya no reparó en enemigos; los tenía de sobra y entre ellos la vida y el destino. Bastábale como paraguaya su obediencia al marido y de consiguiente al amo del marido.

—¿Sabes quien es?—le cuchichearon en guaraní.

—El patrón! replicó orgullosa.

—Es un "Carai"*... le replicó otra.

—Sabes como se llama?

Nada sabía. Le bastaba reconocerlo como el amo.

Un sujeto que contemplaba la escena le dijo:

—Fué Presidente de la Argentina.

—Como se llama? — preguntó esta vez.

—Don Domingo Faustino Sarmiento—replicó el desconocido.

Era el patrón y eso era suficiente.

Arturo MEJIA NIETO

... "Señor" en guaraní.

ACADEMIA DE MATEMATICA

dirigida por

RAFAEL ANGEL LLUBERE

Profesor de Estado

Especialización en la enseñanza moderna del Álgebra, Geometría, Trigonometría, Álgebra Superior y Cálculo Infinitesimal.

Barrio Aranjuez.

Teléfono 3963

manito Menor, que cuatro años después, volvía a encontrar generosa acogida en la colección del *Repertorio Americano*, con sus "Ensayos sentimentales", ¿no había de sentir un vínculo entrañable con el país que, al través del ideario del *Repertorio*, parecía la expresión viva de la solidaridad de los pueblos de América?

Hoy el pequeño gran país ve en peligro los ideales de su historia. Y siente que le llega de los lugares más diversos de América una voz de aliento, de simpatía, de respeto, de la más honda solidaridad, en una palabra, recoge la cosecha fecunda de largos años. ¿No vivió siempre de manera profunda el ideal del panamericanismo? ¿No pareció llevar a su historia aquella concepción del panamericanismo expuesto por don Manuel Sanguily en uno de sus grandes discursos? Recordemos el pasaje de la fulgurante oración de Don Manuel Sanguily, en el Círculo de Artesanos de San Antonio de los Baños en la noche de 22 de marzo de 1890, en la que exalta "la gloria del poeta del Niágara y veía a José María Heredia como el genuino intérprete del Panamericanismo, es decir "de ese sistema de ideas, cuyo término es la Federación, cuya base es la Autonomía, cuya arma es la República, y cuya esencia es la Democracia."

Hace ya tiempo que no recibo el *Repertorio*. Don Joaquín García Monge, su fundador y director insigne, un gran ciudadano de América, me habló en una de sus últimas cartas, llegada a mis manos muchos meses ha, de su mala salud en esos días. Viven tan aislados unos de otros los pueblos de América, que Francisco Ichaso, en su primer artículo después de su viaje reciente por Sur América, nos contaba que sólo una noticia de Cuba había visto publicada en la prensa de por allá en las varias semanas que duró su viaje. El gran periodista al rendir un justo homenaje a Miguel de Marcos, su amigo entrañable, deploraba que un escritor de la jerarquía del autor de *Papaíto Mayari* podía desaparecer sin que hubiera un simple cable de dos líneas, en los grandes periódicos de la América del Sur.

García Monge con su *Repertorio Americano* ha interpretado, y bien puede decirse que lo ha logrado, crear un espíritu de superior unidad entre los países de nuestra América. Y ha visto en momentos de prueba para su patria amadísima, que una entidad internacional, la Organización de los Estados Americanos, que más de un escéptico consideraba que había de

Elogio de Costa Rica

Por José María CHACON Y CALVO

(En *Diario de la Marina*, La Habana, La Habana, 21 de enero 1955).

Si se examina en cualquiera de las Enciclopedias modernas el artículo dedicado a Costa Rica, hemos de encontrar un vívido elogio de la República, que parecía desde hace muchos años un oasis de paz, en el que el ideal del primer presidente de Cuba después de la independencia, Don Tomás Estrada Palma, se traducía en una espléndida realidad: la muchedumbre de sus maestros superaba a su Ejército. Todos dirán al unísono algo muy parecido a lo que vemos en el Espasa, Tomo XV, pág. 1224): "Hoy día Costa Rica es uno de los países de la América latina más adelantado. En el ramo de la Instrucción Pública ha realizado verdaderos progresos."

Una publicación de modesta apariencia y que, sin embargo, tiene una jerarquía continental, el *Repertorio Americano*, ha hecho que la República centroamericana

sea para los escritores unidos de algún modo con la publicación que fundó y orienta don Joaquín García Monge, consideren al país hermano como una tierra muy familiar y querida. En mi oscura vida diplomática soñé con que alguna vez iría no ya a visitarlo sino a vivir en ella largo tiempo. No era sólo por su clima de perpetua primavera, ni porque en el vértigo de la vida moderna San José de Costa Rica pareciese un milagro de sosiego y de paz. Todo eso influiría, sin duda. Pero quien había recibido la hospitalidad del *Repertorio*, quien publicó en 1919, en una de las Colecciones de García Monge—a quien Enrique Díez Canedo, el gran crítico ya desaparecido, llamaba "el Secretario de Estado de las letras hispanoamericanas"—libro muy humilde, y que por lo mismo es de los más queridos de todos los suyos, *Her-*

enfrentarse con el problema costarricense con acomodaticia lentitud, demostrando que sabía sentir con un alto espíritu su misión y prestaba a la causa del panamericanismo un servicio insigne. Porque lo ha de ser siempre toda afirmación de la justicia.

Y a la postre no ha de ser sólo Costa Rica la que se beneficie de la misma. La

hermandad profunda de los pueblos de América ha de recibir un impulso decisivo. Se sentirá ya muy cerca ese gran ideal que Manuel Sanguily definía y exaltaba en una de sus mejores páginas. Y Costa Rica, el bello país de la perpetua primavera, habrá sido el centro impulsor de este rescate de la verdadera americanidad.

Los tiempos cambian, la dignidad debería persistir

Por B. SANIN CANO

(En *El Tiempo* de Bogotá, 20-III-54).

En artículo tan bien pensado como dosamente desenvuelto, señaló Caballero Calderón, con frases duraderas, el papel de la falta de carácter en una sección considerable de la fauna política de nuestro país, dicho sea sin ánimo de ofender a los animales. Sus palabras conducían fácilmente de la indignación a la risa. Pero tal vez es demasiado severo su pensamiento cuando afirma que tal inconsistencia de espíritu es el distintivo, y pudiéramos decir la mancha original, del prójimo colombiano en sus relaciones con la política. No se trata aquí de inventar una defensa de nuestros políticos según los describe el avisado crítico social a quien nos hemos referido, pero tal vez esa flaqueza del carácter colombiano no sea una excepción en la historia de las sociedades humanas, sino una triste condición de la vida política universal como lo enseña la historia de todos los tiempos. No había manera de fijar en discos a la manera de hoy todas las arengas y conversaciones de políticos en los tiempos de Cicerón y Demóstenes, por ejemplo, pero de lo poco y cuidadosamente entresacado por los amanuenses de entonces, resulta cada día menos consecuente consigo misma la figura de esos abundantes oradores de la antigüedad.

En épocas menos lejanas y con elementos más indiscretos a disposición de los historiadores para juzgar a los hombres públicos, los directores de la opinión no hacen mejor figura ante la desprevenida posteridad. Es cierto, como le dijeron a algún literato poco favorecido por el público de su época y exageradamente confiado en el juicio de la posteridad, que ésta en fin de fines no es más que un público póstumo; pero a lo menos ese público dispone en su favor de más copiosos elementos de juicio. La historia es a veces demasiado indiscreta en la calificación de los elementos que suele descubrir y poner a disposición de los relatores. Pongamos un ejemplo.

En París, en 1815, cuando Napoleón Bonaparte se escapó de la Isla de Elba, uno de los diarios mejor informados de París dio cuenta del suceso en estos o semejantes términos: "El bandido Bonaparte se ha fugado de la Isla de Elba". Pocos días después, cuando se supo la manera cordial como el genio político, militar y administrativo más firme y aguerrido de su tiempo era recibido por los pueblos que iba recorriendo, el mismo diario parisiense apuntó seria y correctamente: "Bonaparte ha desembarcado en el sur." Y del clamoroso y cordial recibimiento de las multitudes en Tolón, dice: "El general Bonaparte ha lle-

gado a Tolón". De su marcha hacia París ya con tropas organizadas dió noticia el diario con estas palabras: "El general Napoleón Bonaparte se acerca a la capital". Y la información definitiva decía: "Napoleón, Emperador de los franceses, llegará mañana a la capital". Cada una de las noticias correspondía a un estado de espíritu cambiante según las apariencias del firmamento político.

El hombre extraño a las combinaciones de intereses políticos y el moralista independiente y estricto no dejan de experimentar sorpresa viendo salir del brazo y en cordial y risueña compañía a dos miembros de la cámara de los comunes después de agitados discusiones en que los dos políticos han usado uno en contra de otro calificativos de tono injurioso que parecen inaceptables entre gentes de estricta moralidad. Pero es evidente que en la generalidad de los países regidos por instituciones democráticas genuinamente aplicadas no son esta clase de hombres los que de ordinario dirigen la política y la administración. Gladstone cambió una vez de partido obedeciendo a convicciones, no a intereses del momento y en el curso de su carrera como jefe de partido y de gobierno fué siempre fiel a sus principios. Asquith en su patria, Clemenceau, Poincaré en la suya pudieron dirigir la opinión y figurar como jefes de gobierno con dignidad y con éxito por la fidelidad a las ideas que los habían conducido a los puestos de mando. En lo que el señor Caballero Calderón tiene el apoyo de la razón y del sentido común es en su actitud ante la facilidad con que las multitudes y los dirigentes de cierto partido en Colombia cambian de rumbo en seguimiento de intereses que nada tienen de común con las íntimas necesidades de la patria ni con los principios en cuyo nombre han asumido el cargo de dirigentes.

En pocas partes nos da la historia un espectáculo de tan vigorosos contrastes políticos como el de una nación en donde la caída y principios de disolución de un partido político tiene por consecuencia su continuación en los más visibles y más apreciados puestos de la administración en todas sus ramas como si en efecto "aquí no hubiera pasado nada."

En política, en todas las formas de la vida social el progreso supone un estado de continua evolución en favor de la especie y del individuo pero ese movimiento de transformación deja intactas en su desarrollo las nociones de moral, de honradez y muy especialmente los conceptos que se relacionan con la dignidad personal.

Aventura autobiográfica

(En *Rep. Amer.*)

A Francisco Lluch Mora,
voluntad poética.

— 1 —

*Yo buscaba un camino
donde se acumularan presencias de nubes
sobre una manzana de soledad.
Yo buscaba un camino
de nieve convertida en ágil llamarada.*

*Heme por el camino inventado.
Qué orgullo de palomas y tiernas mariposas
estalla! El día en plenitud
halla su rosa. Este camino encarna
una estrella en la aurora sorprendida:
una tan claro decir que no comprende
ninguna voz de pétalos tronchados.*

*Un camino habitado de espigas
avanza vertical hacia el futuro.
Por esta misma ruta de claridad oculta
se revela mi sér ante sí mismo
como la campana del mar ardiendo de can-*
(ciones.

*Si mañana se detuviera una luz fracasada
reviviría de emoción en mi camino.*

— 2 —

*Fuego de mí; vereda dilatada
en mi conciencia. Nieve enardecida.
Por ti contemplo la distancia herida;
contemplo por tu sér mi sangre dada
a dulce infinitud eternizada.*

*La sal de otra corriente contenida
no en mí permaneció, que conocida
anterior huella no hubo de pisada.*

*Primo y último en tí me he descubierto,
redonde vuelo al horizonte abierto
temblando ante su forma conseguida.*

*Si ya infancia al rocío restaurada,
a qué mirar la sombra condenada
a la muerte que en sí lleva prendida?*

— 3 —

*Sí. Todo lo he superado.
No existe ley más fiel que la conciencia.
Cuando se levantó la espuma,
ala sin cuerpo me escapé del tiempo.
Cuántos árboles vi deshacerse en la orilla!
Cuántas frutas perder fragancia y colorido!
Qué triunfo de la arena en una eternidad*
(ilegítima!

*Todo corría, menos yo, al olvido!
Yo fuí el único ser en que cuajó la gracia
de sorprender la noche en agua cristalina!*

— 4 —

*En embargo,
yo fuí tan sólo una voluntad
que soñaba abordar la playa
donde se satisfacen los vuelos de las aves.*

Nada tenía...

Jorge Luis MORALES

Nueva York, 18 de enero de 1954.

Señas del autor:

626 Trinity Ave. Apt. 3 A.
Bronx 55, New York, N. Y.

Una suscripción al *Rep. Americano*
la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados N° 60

Apartado N° 2007

Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

Esquina madura

(Envío de Fdo. Centeno Güell)

Hay un momento grave del hombre y sus
(latidos;
Un tiempo en que la vida, gastada, no nos
(sabe.

Se trata de la esquina madura del aliento,
Cuando la muerte niega la historia de la
(sangre.

Es un instante ciego, tan sordo como el árbol
Perdido en su tarea de sombra y alegría,
Que amase más las nubes errantes que el
mandato
De hacer la savia fruto y el fruto nueva vida

Fatiga la ventura de ser una esperanza.
Derrota dar la mano como una compañía.
No importa el horizonte tremendo de sen-
(tirse
Ni que la pena ciegue de llanto la osadía.

De pronto Dios concluye, como una ma-
niobra.
El alma se desmiente cual todo lo perdido.
Los restos, los rumores, devoran como
(nunca.
Y el pecho es un cansado desierto corrom-
(pido.

La frente se hace espejo del tiempo y del
(fracaso.
Toda la fuerza, polvo: ceniza sin sentido.
Hay un momento grave del hombre, cuando
(piensa
Vivir lo que ha vivido, y teme no vivirlo.

Enrique AZCOAGA

(De Mairena, Revista de la Poesía,
Buenos Aires).

"Martí y Cataluña"

(En Información. La Habana. 1955).

José Conangla Fontanilles, de recia estirpe catalana, ciudadano de Cuba, a cuya cultura ha rendido grandes servicios con una extensa bibliografía rica en claridades y en esclarecimientos, acaba de publicar, bajo los auspicios de la Comisión Nacional del Centenario de Martí, un libro interesantísimo. Se titula "Martí y Cataluña".

Su propósito queda correctamente expuesto en el capítulo I al aludir a conceptos duros, apasionados e injustos sobre Cataluña, que aparecieron en sendas crónicas enviadas a "La Opinión Nacional" de Caracas por Martí y publicadas en 15 de abril y 23 de mayo de 1882, respectivamente, exponiendo su tesis de que "una honrada y serena retrospectiva investigadora", dada "la actitud de los mismos, tan desusada en Martí" lleva a la conclusión, ya implícita en lo que todo eso sugiere, de que los párrafos aludidos "no fueron emitidos por él, sino cambiados e incluidos de manera inconsulta por pluma ajena, en sustitución del lenguaje comedido del glorioso cronista, al llegar dichas crónicas a la redacción del periódico caraqueño".

Para probanza de esta opinión, el señor Conangla, que es —y lo tiene hartamente demostrado— tan acucioso como ecuánime en los menesteres investigadores y analíticos, ni olvida ninguna razón ni desdeña ninguna circunstancia, ni prescinde de ningún alegato, hecho o razón que puedan tener validez contradictoria de su criterio.

Es precisamente eso lo que procura su mejor mérito y su mayor eficacia a este libro, valiente en su serenidad, ecuánime en su noble pasión, acucioso en su dialéctica. Trata el autor con gran acopio de datos y documentada aportación de textos idóneos, las dos tesis; la de la autenticidad —por razones circunstanciales y biográficas— y la de la apocrifidad de esos textos.

Para él, sin embargo, no cabe duda respecto a esta última opinión. Y para argumentarla realiza una labor metódica que abarca todos los aspectos y tiene en cuenta todas las realidades históricas y ambien-

les. Constituye el libro "Martí y Cataluña" una reconstrucción muy bien realizada de lo que Cataluña y sus hijos han significado de adhesión, de devota solidaridad, de activa ayuda a los sentimientos independentistas de Cuba. Conangla, separatista catalán de austera, acérrima y convicta ideología separatista, si no oculta su criterio, que ha mantenido con enhiesto vigor toda su vida, no lo utiliza para el apasionamiento sino para la veracidad.

La parte del libro consagrada a este recuento histórico mediante el cual se pone en clara luz de verdad histórica la fraternidad siempre activa e igual que ha ligado Cataluña a Cuba, es una manera noble de dejar en pie la verdad histórica sea cual sea la opinión que se pueda tener respecto a las aludidas crónicas de Martí, a quien Conangla rinde en este libro, como lo ha hecho en tantas ocasiones de su vida, un cálido tributo de admiración fuera de todo equívoco.

Precisamente, en el cuidadoso examen que realiza, todas las circunstancias que aporta para la defensa de su tesis, dan al mismo tiempo razones humanas que pudieran, en todo caso, justificar incluso las afirmaciones de Martí, adversas a Cataluña en las dos crónicas aludidas, teniendo en cuenta la gravitación de las realidades que agriaban su circuntono.

Examina, por tanto, Conangla las dos tesis—que con honradez pura llama hipótesis—con escrupulosa obediencia a lo histórico para reforzar lo especulativo. Con lucidez, con exactitud, con respecto a todas las opiniones, sin soslayo de todas las verdades y con altísima, inmovible veneración por la excelsa figura del Apóstol cubano. Por eso puede, con validez suatoria, al término de su tarea, tan rica en aciertos históricos, escribir que "cualquiera que hubiese sido, por consiguiente, la procedencia o sustitución conceptual de los sospechosos textos sobre Cataluña que perduran en las dos crónicas tan repetidas, resulta incuestionable, a mi sincero entender, la deducción de que tales conceptos

MI LIBRO DE COSTURA

Por

Celia Carrillo de García Monge

30 años de práctica en la costura.
250 páginas de texto y numerosos dibujos.

El tomo empastado: ₡ 25.00
para el exterior: \$ 5 (Dóls.)

Tel.: 3754

Correos: Letra X

San José de Costa Rica

en nada ensombrecen ni pueden demeritar la bondad extraordinaria, generosísima, de Martí".

Ya con esto entenderán los lectores de esta superficial alusión periodística que el libro *Martí y Cataluña*, entre polémico y ditirámico, al sostener la apocrifidad de los aludidos párrafos peyorativos se funda más que nada —aportando pruebas atinentes y eficientes— en la bondad vasta e ingénita, refulgente y pródiga del gran cubano universal.

Por eso, para captar por entero, hasta en lo mínimo de las aportaciones aclaratorias, el espíritu y el valor, la letra y la intención, el alcance y los logros de este nuevo libro de José Conangla Fontanilles no basta satisfacerse con una reseña; es preciso leerlo a conciencia. El retribuye con utilidad y deleite. En hipótesis deja su criterio Conangla. Pero quien lo lee queda muy dentro de una convicción que al esfuerzo lucido del autor se debe, sin mengua, antes con acrecimiento, de la admiración sincera que le es debida a su vez, a la obra inmarcesible de José Martí.

Rafael MARQUINA

Obras de ALMAFUERTE

Poesías y Prosas

Ordenadas y anotadas para
celebrar su centenario por
ROMUALDO BRUGETTI

Ediciones Peuser

Buenos Aires
1954

Agencia del

"REPERTORIO AMERICANO"
en Londres:

B. F. Stevens & Brown, Ltd.

28-30 Little Russell Street, W. C. 1
New Ruskin House,
London, England.

La pequeña Costa Rica

(En *El Tiempo* de Bogotá, 18 de enero de 1955).

(Envío de Mario SANTA CRUZ)

Esta es la hora de la prueba. Es la hora, porque la agresión armada a un país pacífico prosigue violentamente. Y lo es, porque aún no se han adoptado las resoluciones necesarias para que el agresor reciba la sanción merecida y para que una violación semejante del derecho internacional y de los derechos del hombre no pueda repetirse jamás.

Es la hora de la prueba, en un doble sentido. De la prueba del dolor para la animosa Costa Rica; de la prueba del deber para la Organización de Estados Americanos. Y aún para el mundo. Porque ninguna conciencia humana, ante un caso como éste, puede permanecer indiferente.

El caso, en realidad, es decisivo. Muy pocas veces la lucha entre la fuerza y el derecho se habrá presentado con tan diáfana claridad. En otros conflictos, aunque se vea que la balanza de la justicia se inclina a una de las dos partes, puede sin embargo, la otra aducir algunos datos y argumentos en su favor, y recordar que, en este disputado mundo, si bien unos tienen razón y otros no, nadie tiene razón ciento por ciento. Pero, en el caso presente, en este nuevo capítulo de la historia del perpetuo combate entre la fuerza y el derecho, Costa Rica lo tenía todo del lado del derecho y un cero por ciento del lado de la fuerza.

Para que el caso resulte más expresivo, la característica de Costa Rica consiste en ser un país pequeño. La pequeña Costa Rica. Pequeña y sin armas. Tan pequeña que, en el artículo que *El Tiempo* tradujo y publicó el pasado jueves, su autor afirma con humorismo cariñoso que los costarricenses deben de ser originarios de Lilibut. Sin embargo, esos lilibutienses son gigantes en cierto modo, puesto que Costa Rica —sigue diciendo Luis Marden—, “pequeña por su extensión territorial y por su población, es grande por sus ideales, por la efectividad de su democracia (los hombres que no votan son multados) y por la fidelidad con que se aferran a un concepto de la existencia que podría resumirse en estas palabras: vivir y dejar vivir”.

Ahí es nada...! Esos rasgos típicos de Costa Rica son algo asombroso en estos tiempos en que los ideales se esfuman, la efectividad de la democracia se pierde, y lo de vivir y dejar vivir se ha vuelto tan difícil que la mínima convivencia, la simple coexistencia, constituye el insoluble problema mundial.

Hoy los pueblos se empequeñecen espiritualmente, y tienden, en cambio, los Estados a agrandarse y a alcanzar dimensiones colosales. En la actual contienda del mundo, ocupan el primer plano los Estados Unidos, con sus 160 o 170 millones de habitantes; Rusia, con sus 200 millones; China, con sus 400 o 500 millones. ¿Cómo no mirar con ternura a la pequeña Costa Rica que no llega al millón de almas? Cuando los poderosos Leviathanes cuentan su población en números de nueve cifras, nos encanta esa humilde república que con seis cifras se contenta, y que para vivir no pide sino que la dejen vivir.

Nuestro siglo confunde tamaño con

grandeza, cantidad con calidad. Lo quiere todo cuantitativamente gigantesco: los Estados, las masas humanas, las fábricas, las máquinas, la propaganda, la guerra.

Olvida nuestro tiempo que lo espiritualmente grande ha sido, casi siempre, materialmente pequeño. A cada paso, hablamos de salvar la civilización occidental. Pues bien: esta civilización se basa en dos columnas, el helenismo y el cristianismo, símbolo ambas del desdén hacia el tamaño y del amor a la verdadera grandeza del espíritu.

La república de Atenas era muy pequeña. Todo lo que la ha hecho inmortal se desarrolló en un territorio tan diminuto que hoy un viajero, sentado al pie del Partenón, lo puede abarcar con la mirada. Y, en cuanto al cristianismo, su gloria es su misma pequeñez material. “Y tú, Betlehem Ephrata, pequeña eres entre los millares de Judá...”

Hoy, la pequeña Costa Rica está, además, inerme. Mérito excepcional en esta época de la carrera de los armamentos. Cuando tanto se discute acerca del desarme, Costa Rica ya se desarmó. No tiene una fuerza aérea, no tiene un ejército. Es un país enteramente civil.

Ahora, atacado por tierra, aire y mar, ha pedido con angustiosa urgencia armas para defenderse. Soldados, puede improvisarlos. “Para cada fusil, tenemos cien voluntarios...” Y los corresponsales extranjeros atestiguan que esos voluntarios combaten con valeroso entusiasmo. Prueba de que el pacifismo es compatible con el patriotismo y hasta con el heroísmo militar.

¡La pequeña Costa Rica...! Recuerdo que, hace ya muchos años, llegaba regularmente hasta mi casa de Madrid su discreto mensaje, enviado desde la ciudad de San José, que, por entonces, no tenía sino 40 o 50 mil habitantes, como cualquier modesta capital de provincia. El mensaje, expresión fiel de la nación de donde venía, era el *Repertorio Americano* de García Monge.

Con humildad que lo enaltecía, el *Repertorio* apenas publicaba artículos originales. Estaba hecho a punta de tijera. Pero ¡con qué acierto, con qué cariño, con qué sentido de valoración la empleaban las ma-

nos del admirable educador costarricense! Leyendo esa revista de pobre papel y escasas pretensiones, podía uno conocer, día tras día, lo mejor que aparecía en el mundo de lengua castellana y tener un selecto panorama del pensamiento de Hispanoamérica.

Distanciados uno de otro nuestros veinte países, el semanario de García Monge, pequeño y grande como su patria; pequeño, por sus recursos económicos, grande por su obra de cultura, era un faro al que todos espiritualmente se reunían. Y ese faro, encendido por su torrero infatigable, irradiaba su luz desde el corazón de una minúscula república de vida rural, olvidaba en el mosaico de naciones centroamericanas.

Me acuerdo también de que en el *Repertorio* había una sección titulada: “¿Qué hora es?” Su objeto era llamar la atención hacia los problemas del día, a estimular al lector a no quedarse atrás y, para decirlo con un galicismo, a “estar a la página”, a estar al corriente de la marcha del mundo.

¿Que hora es...? Sí. Esta es la hora de la prueba. No sólo para la pequeña Costa Rica sino para la América Grande y aún para la conciencia universal. Es la hora de demostrar que una nación pequeña e inerme puede mantener su independencia y su libertad al amparo del derecho. Es la hora de comprender y de sentir que, si el derecho esencial de un pueblo es conculcado, por débil que ese país parezca, peligra la existencia de todos los demás países, por fuertes que se crean, y queda destruido el orden internacional.

Hay un apólogo hebreo de profundo sentido y ahora de candente actualidad. Sobre una barca, en el mar, uno de los hombres se pone a hacer un agujero. A los indignados reproches de los otros, responde: “¿De qué protestáis? Yo hago el agujero solamente en el sitio en que estoy sentado”.

El mundo es hoy una unidad. El suelo costarricense es exiguo; pequeño parece el agujero. Pero el mar está agitado y revuelto, y, si se abre una vía de agua, peligra la nave con todos sus tripulantes.

Luis de ZULUETA.

LIBRERÍA "GARCIA MONGE"

Una organización culturalmente orientada

Ficción — Historia — Política — Premios Nobel — Ciencias
Económicas — Filosofía — Religión — Imperialismo — Geografía

Sección Especial para Bibliófilos

Sección especial Iberoamericana

Español — Inglés — Francés — Alemán — Italiano — Portugués

Calle 7, 50 varas Sur Kiosko Morazán

Apartado 2610 — San José

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

...“y concebí una federación de ideas,” — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

“Bárbaros, las ideas no se matan” repitió Sarmiento

Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera. — Bolívar

Teléfono 3754

Correos: Letra X-

J. García Monge

Editor

En Costa Rica:

Susc. anual: ₡ 18.00

Exterior:

Suscripción anual:

\$ 5 dólares

Giro bancario
cobrable en los

EE. UU.

Noticia de libros

Inlice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Editorial LOSADA

(Alsina 1131. Buenos Aires)

LECTOR AMIGO:

Le anunciamos la edición reciente de estos libros que han de interesarle:

En la Biblioteca Pedagógica: Lorenzo Luzuriaga: *Pedagogía Social y Política*. Un libro cabal como estudio pedagógico; hacía falta. Gracias al autor por su amable dedicatoria del ejemplar.

En la serie Regla y Compás:

Lionello Ventura: *Cómo se mira un cuadro*. De Giotto a Chagall. Traducción del inglés de Néstor R. Oriz Oderigg. Una hermosa colección de láminas en este libro único en su género, hacen más certeras las interpretaciones. Empastado.

La Editorial Losada se asocia a El Colegio Libre de Estudios Superiores en la Argentina, en el bicentenario de la publicación de este libro:

D'Alembert: *Discurso Preliminar a la Enciclopedia*. A dos siglos de su publicación. Estudios por Francisco Romero, José A. Oría, José Babini, Roberto F. Giusti y Luis Reissig.

Con el título de *Obras escogidas de Paul Valéry*, la Editorial Losada inicia una serie de selecciones de sus escritos en prosa representativos. Han aparecido ya:

Paul Valéry: *La idea fija*. (Un diálogo). *Miradas al Mundo actual*.

En la serie Estudios Literarios que dirigió Amado Alonso:

Segundo Serrano Poncela: *Antonio Machado*. Su mundo y su obra.

Theodore Spencer: *Shakespeare y la Naturaleza del hombre*.

Francisco García Lorca: *Angel Ganivet*. Su idea del hombre.

En la ya famosa *Biblioteca Contemporánea*:

Número 522. Horacio Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*.

253.—Marta Brunet: *A montaña adentro*, *Bestia dañina* y *María Rosa, la flor de*

Quillen. Con un prólogo especial de Guillermo de Torre.

254.—Eduardo Caballero Calderón: *Ancha es Castilla* (Andanzas por España).

255.—*Cuentos de la selva*. Para los niños.

256.—En la edición ordenada de las Obras de Gabriel Miró: *El humo dormido*.

257.—Emilio Prados: *Antología* (1923-1953). Selección completa, hecha por el autor.

260.—Vicente Aleixandre: *La destrucción o el amor*.

258.—Horacio Quiroga: *El más allá*. (Cuentos).

259.—Paul Claudel: *El libro de Cristóbal Colón*. Prólogo de Guillermo de Torre.

En la serie Novelistas de España y América:

Adolfo Bioy Casares: *El sueño de los héroes*.

Waldo Frank: *Nunca acabará el verano*. Moderna historia de amor. Traducción de Luis Echávarri.

Manuel Gálvez: *Las dos vidas del pobre Napoleón*.

Pablo Rojas Paz: *Mármoles bajo la lluvia*.

En la serie Los Grandes Novelistas de nuestra época:

André Gide: *Los alimentos terrestres y Los nuevos alimentos*. Traducida por Luis Echavarri.

En la serie Poetas de España y América:

Aquiles Certad: *Territorio del sueño*. (Gracias al autor y amigo por la dedicatoria del ejemplar).

Rafael Alberti: *Baladas y canciones del Paraná* (1953-1954).

También gracias al autor por el envío del ejemplar con dedicatoria de amigo.

Como obsequio de la autora, en San José de Costa Rica:

Zeneida Fernández de Gil: *Retorno* (Novela).

Salió el año anterior: la hemos leído con gusto. Felicitamos a la autora. Es novela sobresaliente: por el sentimiento del paisaje, urbano y rural, por la maestría de los diálogos, por los propósitos de la autora. Expresa bien lo que piensa, con resolución y franqueza, a la vista del medio social en que los personajes actúan.

Ojalá que este ambiente congelado no desanime a la autora y prosiga en su plausible labor de novelista. Poco a poco se abrirá campo y se destacará.

Prosigue el generoso don Jorge Luis Arango en su admirable empresa editorial, como Director de Información y Propaganda del Estado, en Bogotá:

Nos ha honrado y nos da gusto el envío de estos libros con que da sus primeros pasos —y qué pasos!— la ejemplar BIBLIOTECA DE LA PRESIDENCIA DE COLOMBIA:

1.—José Manuel Restrepo: *Diario Político y Militar*. Tomo I. 1819-1828. Comprende el tiempo corrido desde 28 de julio de 1819, hasta fin de 1834. Bogotá. 1954.

Son *Memorias* sobre los sucesos importantes de la época para servir a la Historia de la Revolución de Colombia y de la Nueva Granada desde 1819 para adelante.

Es un Diario de noticias políticas formado en Rionegro, Provincia de Antioquia. El prólogo de este tomo es de Monseñor José Restrepo Posada.

2.—José Manuel Restrepo: *Diario Político y Militar*. Tomo II. 1829-1834. Bogotá. 1954.

3.—José Manuel Restrepo: *Diario Político y Militar*. Tomo III. 1835-1848. Bogotá. 1954.

4.—José Manuel Restrepo: *Diario Político y Militar*. Tomo IV. 1849-1858. Bogotá. 1954.

5.—Tomás Cipriano de Mosquera. *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Perú y Bolivia*. Bogotá. 1954.

6. No hemos tenido todavía el gusto de recibir el Vol. 6 de la *Biblioteca*.

7.—Horacio. *Sus mejores Obras*. Traducción en verso de Roberto Jaramillo. Bogotá. 1954. El prólogo es de Marco Fidel Suárez (1915).